



Configuraciones estéticas del campesino en *Tipacoque* y *Siervo sin Tierra* de Eduardo

Caballero Calderón

Luis Roberto Rincón Vargas

Requisito parcial para optar al título de
Magister en Literatura

Director de Tesis

Juan Alberto Blanco Puentes

Pontificia Universidad Javeriana

Facultad de Ciencias Sociales

Maestría en Literatura

2013

Artículo 23 de la resolución N° 13 de julio de 1946

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al Dogma y a la Moral Católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”

CERTIFICADO

Yo, LUIS ROBERTO RINCÓN VARGAS, declaro que este trabajo de grado, elaborado como requisito parcial para obtener el título de Maestría en Literatura en la facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana, es de mi entera autoría excepto donde se indique lo contrario. Este documento no ha sido sometido para su calificación en ninguna otra institución académica.

LUIS ROBERTO RINCÓN VARGAS

ENERO DE 2013

AGRADECIMIENTOS

A Dios y a todos sus Ángeles, quienes con su energía creadora e inspiradora guiaron mis pasos y me dieron la fortaleza para no desfallecer en momentos de cansancio físico, moral y mental.

A la memoria de mi madre, **MARTHA LUCY VARGAS**, quien a pesar de su exigua educación, me heredó su imaginación y la particular manera de ver y afrontar el mundo; lamento que haya dejado este mundo tan pronto ya que no solo dejó un corazón vacío (El mío por supuesto) sino que el día de la ceremonia su silla también lo estará. Donde quiera que estés se que intercediste para que este sueño se hiciera realidad; estoy seguro que hubieras entregado tu vida tan sólo para que yo alcanzaré mis metas.

A mi hija, **Laura Alejandra Rincón Martínez**, motor de mis acciones para procurarme un futuro mejor mediante la formación de mi intelecto; por ella me muevo en este mundo y espero poder transmitirle una veta de conocimiento que pueda aplicar en su vida.

A **Marco Fidel Novoa Montero**, su amistad incondicional y desinteresada permitieron que depositara un voto de confianza en mi capacidad intelectual, lealtad y disciplina, apoyándome no solo económicamente sino también moralmente para culminar con este triunfo; su nobleza y carisma lo hacen único, por tal razón lo considero mi hermano.

A **Juan Alberto Blanco Puentes**, sus conocimientos, indicaciones y correcciones posibilitaron el desarrollo de este trabajo que culminó a buen término y en el tiempo previsto. Sin su ayuda no hubiera sido posible llegar a esta meta con sabor a gloria.

A la **Pontificia Universidad Javeriana** por posibilitar este programa que facilita profundizar y apropiarse de un conocimiento digno de exaltar gracias a todos los maestros que componen el equipo de trabajo de la Maestría; su capacidad intelectual permite que se sienta la calidad de lo que transmiten en cada una de sus cátedras.

A mis **amigos y compañeros de la Maestría**; compartir espacios académicos y personales permitieron que el riguroso paso académico en muchas ocasiones se tornara relajado; igualmente su capacidad intelectual permitió que mi conocimiento y el modo de percibir la literatura se expandieran y buscara otros matices teóricos y estéticos.

A todos **los escritores** que han construido con ese universo único, riguroso, hermoso y rebelde, aquello que me permite soñar y refugiarme en otros mundos paralelos a mi propia realidad; ellos son fuente de inspiración para creer que no hay imposibles y que la gloria e inmortalidad son posibles por medio de ese arte que se llama **LITERATURA**.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	3
1. Periodismo, literatura y ensayo, vínculos personales en el escritor	7
1.1 Consideraciones acerca del periodismo y la literatura	8
1.2 Asociación entre literatura y periodismo	13
1.3 Periodismo, génesis de la obra de Eduardo Caballero Calderón	15
1.4 Caballero Calderón, la visión de un ensayista	25
1.5 La mirada del ensayista al problema rural	29
2. Tipacoque, una realidad a través de la literatura	34
2.1 <i>Tipacoque</i> en la narrativa de Eduardo Caballero Calderón	35
2.2 Configuración de un universo literario a partir de la vida cotidiana	37
2.3 Configuración del campesino tipacoque	40
2.4 Configuración femenina en <i>Tipacoque</i>	42
2.4.1 Configuración masculina en <i>Tipacoque</i>	44
2.5 Tradición agraria en <i>Tipacoque</i>	50
2.6 Representación del problema agrario en <i>Tipacoque</i>	52
2.7 El campo, víctima de la modernidad	54
3. <i>Siervo sin Tierra</i> representación del problema agrario	59
3.1 Siervo Joya estética social del campesino boyacense	60
3.2 La función política y arbitraria de los administradores de la tierra	64
3.3 Problema agrario en <i>Siervo sin Tierra</i>	66
3.4 Siervo Joya ante la sociedad y el despotismo económico	67
3.5 Utopía agraria para Siervo Joya	72
3.6 La política y la tierra	76
3.7 Política: un sistema que manipula al campesino	77
Conclusión	80
Bibliografía	86

“Para ser escritor hay que torcerle el cuello al periodista, y para escribir novelas es menester resistir la tentación del periódico. Al escritor lo asaltan tentaciones semejantes a las que después de cuarenta días de ayuno en el desierto se le presentaron a Cristo. Si el escritor cede a la tentación del milagro que es la improvisación, y se tira de cabeza desde el pináculo del Templo para que los ángeles lo recojan por el aire; si cede a la tentación de la política, que es el poder y los halagos del mando; si flaquea ante la tentación de convertir piedras en panes haciendo de la verdad una mentira y de ésta una verdad aparente, está irremediabilmente perdido en cuanto escritor de novelas”

Eduardo Caballero Calderón.

Introducción

Cuando hablamos de guerra y política en Colombia es necesario aclarar que hay un concepto que ha permanecido ligado a lo largo de la historia de nuestro país: “Violencia” un término que todos comprendemos pero en diversas formas y magnitudes. Lo que hace que la Violencia se piense y se viva en diferentes formas está relacionado con el momento histórico y los intereses de los habitantes de un país, ya que mientras en un tiempo se presenciaban las masacres en zonas rurales, también esta se evidencia en contextos urbanos permeando todas las capas sociales de la nación. Lo que ha permitido que esta saga de acontecimientos violentos forme parte de nuestra historia es la tenencia de poder a cualquier precio; esta actividad apoyada por diversas ideologías con el objetivo de apropiarse de los hilos conductores de la Nación es lo que generalmente se define como política, concepto que ha sido sinónimo de guerra a lo largo de nuestra historia, pero que esencialmente tuvo una característica particular , la guerra territorial, convirtiéndose la lucha por la posesión de un espacio, en uno de los temas sociales más recurrentes en la historia de los campesinos del país; fenómeno que se presenta a causa de los sucesos políticos y económicos ocurridos desde inicios del siglo XX. El conflicto por la lucha de la tenencia de tierra y la incompetencia del sistema jurídico, son algunas causas de la violencia que se presenta en el ámbito rural, sin que el gobierno tenga presencia en estos

sectores para evitar la violación de los derechos y el éxodo de los campesinos que viven y trabajan en estas tierras.

El presente trabajo tiene como objetivo principal determinar cómo se representa el campesino y el problema agrario desde el aspecto estético y socio-histórico en las novelas *Tipacoque* (1940) y *Siervo sin Tierra* (1955) de Eduardo Caballero Calderón. Esta labor

surge del interés por la problemática mencionada; así como también, del gusto por la literatura colombiana, más específicamente de aquella que se conoce como Literatura de la Violencia, ya que ésta expone temas sociales relevantes para la historia del país y retrata de forma estética los conflictos presentados en diversas regiones del territorio nacional, que tuvo sus inicios como sociedad rural, por lo tanto el principal protagonista es el campesino olvidado hoy por una sociedad que se ha consolidado como urbana; además me complace visitar a este admirable periodista, ensayista y literato colombiano, identificándolo como uno de los novelistas que tiene como eje central en sus libros, el problema agrario, la preocupación por el campesino y el amor por la tierra de sus ancestros, espacio que se convirtió en la inspiración para manifestar la condición infrahumana del habitante rural, resaltando los aspectos más significativos de la identidad y autenticidad de la región boyacense.

Para lograr nuestro objetivo se indagó en aquellos estudios que se relacionan con la obra del autor para examinar sus logros, dificultades y aportes realizados al estudio de su narrativa y se determinó que aquellos que se han realizado de las novelas *Tipacoque* y *Siervo sin Tierra*, no evidencian aspectos que determinen ampliamente la representación del campesino y el problema agrario; su imagen es tratada superficialmente o desde un

marco exclusivamente social; la presencia y análisis del campesino es superflua y en ocasiones nula, se habla de la problemática social que este afronta, pero no se examina la representación y relación literaria construida en la obra de Caballero Calderón; por tal motivo se hacen aportes sociológicos, históricos y literarios presentes en la producción periodística, ensayística y literaria del autor, donde se enuncie el problema del campesino frente al sistema económico, político y social, sin descuidar el aspecto estético en el que se identifican dichas representaciones, considerando que las novelas *Tipacoque* y *Siervo sin Tierra*, enuncian el fracaso del habitante rural frente al sistema agrario en Colombia y su exclusión del sistema político y económico a mediados del siglo XX en nuestro país.

Los personajes que presenta Caballero Calderón evidencian la necesidad de un sistema agrario que les permita ser beneficiarios del sistema productivo y de esta forma ser propietarios de la tierra por la que han trabajado durante toda su vida, ya que el sistema económico y político presentes en sus novelas demuestran que el campesino ha sido la principal víctima de todos los procesos en la construcción de la estructura social del país, relegándolo a un último plano donde continúa la persistente inequidad entre el hacendatario y el trabajador rural, pues es el que tiene menos opción de acceder a la propiedad de un terreno, justificando con ello la constante frustración e infortunio del campesino ante el sistema agrícola que se evidencia como un modelo conflictivo, desigual y excluyente.

En este sentido la intención principal es determinar cómo se presentan las imágenes del campesino, su figuración estética y el problema agrario desde el aspecto literario y socio-histórico en *Tipacoque* y *Siervo sin Tierra*, evidenciando el inminente fracaso del campesino ante las estructuras sociales presentes dentro de la narrativa que presenta Caballero Calderón; sin embargo, para llegar a ello se realiza un breve recorrido por la

labor periodística y ensayística del escritor bogotano anterior a su primera novela, *Tipacoque* en la que el autor hace referencia a problemáticas sociales, económicas o políticas, considerando que estos temas y su práctica laboral fueron el punto de partida, para la construcción del mundo literario que le permitió dar a conocer su permanente preocupación por la gente del campo. Esta exploración tiene como objetivo examinar y relacionar el origen de la función literaria y realista presente en su obra, ya que esta expone aspectos sociológicos y políticos y las consecuencias generadas a partir de la crisis social que presentaba el país.

Posteriormente se analizará la novela *Tipacoque* y se relacionará con *Diario de Tipacoque* (1950) para establecer la visión que el autor expone acerca de la problemática agraria, presente en la región del norte de Boyacá en las décadas del cuarenta y cincuenta. Se realizará una lectura minuciosa de las novelas con el objetivo de registrar las posibles relaciones entre política, sociedad, la vida del escritor y su creación literaria. Se pretende encontrar aspectos relevantes que determinen la figuración del campesino dentro del relato y la función de éste, con relación al sistema agrario, político y social, temas recurrentes a lo largo de la narrativa de Caballero Calderón.

Finalmente, se determinará la imagen del campesino en la novela *Siervo sin Tierra*, describiendo las relaciones sociales y estéticas del personaje principal, Siervo Joya y su reacción frente al sistema agrario de la época. Para esto se realizará el análisis del sistema económico reinante durante la primera mitad del siglo XX en Colombia; el supuesto alivio que trajo al campesino la reforma agraria, la tenencia de tierra y la mentalidad del personaje frente a los fenómenos económicos, políticos y sociales, expuestos en la novela. Este

análisis determinará la resistencia o aceptación del campesino frente al sistema rural, así mismo se evidenciará el éxito o el fracaso del campesino frente al sistema agrario.

1 Periodismo, literatura y ensayo vínculos personales en el escritor

En este capítulo se realiza a grosso modo un acercamiento a los conceptos de periodismo y literatura para comprender los vínculos y motivos por los cuales así, como varios escritores pasaron del periodismo a la literatura, igualmente lo hizo Eduardo Caballero Calderón (1910-1993), trazando un camino literario que tuvo su origen e influencia en la tierra de sus ancestros y en las columnas escritas en el periódico El Tiempo, donde resaltó el drama y la solidaridad por la gente de la ciudad, así como también lo hizo con los campesinos, de quienes exaltó su cultura y se dio a la tarea de denunciar los procesos burocráticos que atentaron contra la preservación y el desarrollo del campo, especialmente con los habitantes de Boyacá y Santander quienes se convirtieron en los referentes de su trabajo novelístico.

Igualmente se traza un breve recorrido por el origen de su actividad periodística, anterior a su obra ensayística y literaria en la que es posible evidenciar aspectos culturales, sociales y políticos, los cuales influenciaron lo que sería posteriormente el desarrollo de varios de los temas tratados de forma estética en sus novelas *Tipacoque* y *Siervo sin tierra*.

Por otra parte se complementa el análisis de la influencia novelística del autor mediante el estudio de los ensayos realizados entre (1942-1949) periodo previo al desarrollo de su novela *Siervo sin tierra*. Se realiza el cotejo de sus ensayos en general; sin embargo, la intención primordial es analizar con más detenimiento aquellos donde se evidencie la naturaleza del campesino boyacense y santandereano, ya que es éste el personaje central de sus novelas y el motivo por el que Caballero Calderón extrajo su profundo y desinteresado

sentido humano por el habitante del campo; resaltando los problemas sociales y económicos que aquejaron a estos seres marginados y atacados por una burocracia que se mostraba indiferente ante la precaria condición humana de aquellos trabajadores incansables, que empíricamente se convertían en la base de la economía boyacense.

1.1. Consideraciones acerca del periodismo y la literatura

Para algunos resulta incorrecto hablar de periodismo en el ámbito literario, ya que la literatura es la encargada de preservar, enaltecer y darle esplendor al lenguaje; la gramática en este sentido adquiere un carácter dogmático y las palabras adquieren una conformación casi moral, donde llegan a ser clasificadas como puras o ilegítimas.

Aparentemente no hay nada tan reñido como lo presente entre literatura y periodismo; el periodista no se detiene ante consideraciones estéticas, que sí preocupan al literato, quién no sólo desea expresar su pensamiento sino que además lo depura y embellece. El periodista no tiene tiempo para estas observaciones, sin que ello indique que su trabajo no requiere elaboración; en su afán por informar, escribe con la inmediatez de la noticia, persiguiendo la brevedad, claridad y precisión con sus palabras, viéndose obligado a sacrificar la estética del lenguaje que reclama la literatura, por una trillada o inculta expresión que pueda comprender hasta el menos erudito de los lectores.

Debemos entender que ambos trabajan con palabras pero que sus necesidades y condiciones no son las mismas. El literato escribe en el ambiente apacible de su estudio o biblioteca, sin presiones o afanes, dedicando el tiempo suficiente para pulir una frase, logrando la exactitud deseada, bien sea producto de su imaginación o de una consulta textual, que le ayude a complementar su objetivo. Señalaba Caballero Calderón en cuanto al escritor que

éste: “No escribe por escribir, sino para hacerlo bien. Escribe para sí mismo en primer lugar, para un yo crítico y exigente que no tiene las complacencias de los lectores del periódico” (1963:506). Al ser proclamado como miembro de la Real Academia de La Lengua (1944) en su discurso de posesión hacía un llamado a los periodistas por considerar que eran ellos, los llamados a ser los herederos directos de Cervantes:

Porque a lugares menos limpios señores académicos, fue Quevedo y Villegas en busca de palabras; de la cocina del convento Santa Teresa extrajo mucha miel para sus *Moradas*; y Mateo Alemán salpicó de picardías su lenguaje, y dio carta de naturaleza a voces de germanía que en su tiempo debieron ser no sólo impropias sino tan poco aseadas como hoy nos parecen. Sin contar con que Boscán y Garcilaso, y el propio Manco de Lepanto, se trajeron de Italia a la Península modismos y palabras que eran extrañas al paladar y al gusto castellanos y eran gotas de elixir en aquel licor fuerte y espeso del siglo de oro (1963: 507).

Sin olvidar la diferencia sustancial entre periodismo y literatura, no es justo demeritar una labor con respecto a la otra, ya que como lo ejemplificó Caballero Calderón, históricamente los clásicos de nuestra literatura se construyeron con un bajo perfil, con la cotidianidad y lo popular de la vida, sin desdeñar las locuciones vulgares, el refrán inculto pero sabio, la expresión viva aunque incorrecta y todas aquellas palabras del ciudadano común, que le sirvieron a Cervantes para erigir el monumento más ilustre del Castellano.

Sin embargo, a pesar de todas las comparaciones en cuanto a semejanza o diferencia de las dos ocupaciones, es necesario consultar libros de periodismo para determinar una definición precisa o por lo menos que nos acerque al significado del término, ya que da la impresión, en ocasiones, que se está hablando de conceptos diferentes, puesto que el periodista lo define según su punto de vista o experiencia.

En esencia, la palabra periodismo nos remite a todas las formas en que las noticias llegan al público; el mensaje periodístico se inscribe básicamente en un proceso comunicativo entre

diversos grupos humanos de cuanto ocurre en el mundo, siendo acontecimientos de conocimiento público junto con los pensamientos que provoquen, convirtiéndose en el material fundamental del periodista.

Para quienes estamos alejados de este oficio, el periodismo es sencillamente una labor que consiste en escribir sobre asuntos de interés general, con el único objetivo de informar sobre sucesos actuales, mientras que para el profesional es una responsabilidad y por consiguiente un privilegio; Eric Hodgins, de la revista *Time*, citado por Bond lo define como: “Periodismo es llevar información de aquí y de allá, con precisión, perspicacia y rapidez, y en forma tal que se respete la verdad y lo justo de las cosas, y así, lenta, aunque no inmediatamente, se vuelva más evidente”. (1965:17). Ambas nociones se sostienen bajo un concepto de libertad, el primero sustenta: Da al público lo que el público quiere; el otro dice: Da al público la verdad, que es la que debe saber. La función social del periodismo es la de recopilar, procesar y difundir por cualquier medio de comunicación (prensa, radio, televisión, digital) una información de interés público, con la finalidad de informar y formar, así como también, de entretener.

El periodismo, entendido únicamente como el acto de “comunicar información”, es minimizar su función, trascendencia e importancia. El mensaje periodístico, aparte de ser un hecho comunicable en el más amplio sentido, cumple otras finalidades. “Así, pues, el periodismo incluye comunicación por esencia, información por necesidad; formación por deseo de orientar; entretenimiento por naturaleza; y todo ello dentro de una área envolvente que incluye estilo, técnica y representación adecuada” (Acosta, 1973:54).

Realmente hay que reconocer que el periodismo además de ser un oficio técnico y práctico caracterizado por capturar la realidad y la inmediatez de acontecimientos que transcurren en nuestra sociedad, es una profesión intelectual que se nutre e invoca saberes críticos y culturales de disciplinas ya consolidadas como las ciencias sociales, la sociología, la historiografía, la politología y todas las humanidades, estableciendo caminos de unión entre saberes sociales y humanísticos, hasta desarrollar métodos y perspectivas que enriquecen variados campos de reflexión e investigación en la búsqueda de una escritura cultivada, de calidad y excelencia para representar la realidad.

A diferencia del periodista, al literato la necesidad de perfección y originalidad lo inquieta, obligándole a una constante superación, por tal motivo no es de extrañar que reconocidos hombres de letras inviertan gran tiempo en culminar sus obras, pero tienen la fortuna de escribir lo que nace de su pasión o raciocinio; aquellas cosas que le apasionan o dejaron huella en su interior, se convierten en el tema que atrae a numerosos lectores; tiene la oportunidad de escribir para su propia complacencia, pero debe ser cuidadoso en la construcción y armonía del lenguaje ya que sus lectores son exigentes.

La literatura y en especial la novela es una forma de prosa artística para aprender y expresar lingüísticamente las características de la vida y la experiencia humana. Este género literario se ha encargado de asimilar y transformar estilos y géneros históricamente anteriores a su existencia, para incorporar toda clase de manifestaciones sociales, culturales e históricas. Aun con toda la jerarquía que se le otorga al lenguaje literario, no podemos olvidar que la novela representa la pluralidad social, organizando estéticamente el lenguaje colectivo o individual sin que ello implique el desconocimiento de la existencia de una infinidad lingüística que impregna todas las formas y estratos sociales, de hecho:

La novela es la diversidad social, organizada artísticamente, del lenguaje; y a veces, de lenguas y voces individuales. La estratificación interna de una lengua nacional en dialectos sociales, en grupos, en argots profesionales, lenguajes de género; lenguajes de generaciones, de edades, de corrientes; lenguajes de autoridades, de círculos y modas pasajeros; lenguajes de los días, e incluso de las horas; social-políticos (Bajtin, 1989:81).

Según Bajtin, la estratificación interna de una lengua, en determinado momento de la historia, compone la premisa necesaria para el desarrollo del género novelesco; por medio de los múltiples sonidos y expresiones sociales, la novela ambienta todos sus temas, todo el universo semántico que expresa o se representa tiene su punto de sustento en el lenguaje sin excluir a nadie. La lengua es la materia prima, el medio vital de cognición y comunicación que permea todas las formas de existencia humana, es la forma efectiva de existencia histórica y social del lenguaje.

De esto se deduce que la novela se nutre de la diversidad social del lenguaje para representar el mundo. Para Bajtin el lenguaje literario no puede ser concebido como un método único o específico, un sistema desviado, cerrado o especial que aristocráticamente diferencia los usos coloquiales de los formales y de las múltiples y cambiantes hablas sociales, sino como: “la unidad, muy específica, de lenguajes que han entrado en contacto y se han entendido recíprocamente” (112).

El prosista novelista y en general casi todos los escritores, admiten en sus textos el plurifonismo y el plurilingüismo literario y extraliterario, sin que ello implique la disminución de las cualidades estéticas de la obra, sino por el contrario, esto contribuye a su profundización, ya que con base a la estratificación del lenguaje, a su diversidad y a la variedad de lenguas, construye su estilo, conservando al mismo tiempo la unidad de su estilo y de su personalidad creadora.

El prosista no destruye ni depura las palabras o expresiones sociales, sino que dispone de todas ellas para elaborar su propio núcleo semántico, aquel que identifica y hace única su obra, asumiendo con total resolución la voluntad de representar literariamente la realidad social de su época.

1.2 Asociación entre literatura y periodismo

Para Eduardo Caballero Calderón la diferencia fundamental entre literatura y periodismo es el ritmo: “la primera es lenta y cuidadosa y es por el contrario rápido y despreocupado el segundo; el periodista escribe en medio del ruido, en cualquier lugar y sobre cualquier cosa. Habla el lenguaje corriente y cotidiano de todos los ciudadanos. El periodista no tiene estilo aparente. Su oficio se basa en la concisión, la claridad, la objetividad y la rapidez” (1963: 506).

La literatura y el periodismo tienen en común muchos aspectos, sin embargo, se ha mantenido una pugna para separar los dos géneros debido a sus relaciones evidentemente disímiles en cuanto a estructura, contenido y lenguaje que es donde radica su principal diferencia; no obstante José Acosta Montoro justifica la relación entre literatura y periodismo afirmando que “son como la rama y el tronco, que no pueden vivir por separado” (1953:51), ya que los orígenes del periodismo y su desarrollo fueron a través del mundo de la literatura.

La aparición de la novela realista está estrechamente ligada a la aparición de las primeras formas de periodismo entre las décadas de 1830 y 1840, precursor directo del periodismo de masas que se produciría durante el transcurso de los siglos XIX y XX en Francia y el Reino Unido. Según Arnold Hauser, la conexión de la literatura con la nueva prensa diaria

causó un “efecto tan revolucionario como el uso de la máquina de vapor en la industria; toda la producción literaria cambió su carácter” (1980:19).

De esta forma, por primera vez, la nueva economía capitalista unió la producción y el consumo literario en masa, para atraer lectores se bajaron los precios y empezaron a publicarse junto con las noticias, relatos de viajes, historias escandalosas y toda clase de sucesos de interés general, pero el más grandioso recurso para atrapar al público lector fueron las *novelas de folletín* las cuales alcanzaron gran éxito en un breve tiempo cuando la gente se fue incorporando a la cultura escrita. Grandes novelistas como Dickens, Hugo, Dumas y Balzac publicaron sus grandes obras mediante este sistema.

Hoy en día no tiene sentido seguir polemizando si la literatura está por encima del periodismo o viceversa, son dos géneros distintos que comparten el mismo elemento de trabajo, el lenguaje, sin olvidar que mientras el periodista presenta la realidad, el literato la deforma o construye una nueva buscando intencionadamente la belleza, sin que ello indique que el lenguaje periodístico sea ordinario; el periodista trabaja simultáneamente con el tiempo, la realidad, la objetividad y con el uso de estructuras técnicas específicas enmarcadas dentro de su profesión, para que el mensaje interese al público en general utilizando un lenguaje más comprensible, fácil, útil y directo; por tal motivo en muchas ocasiones el periodista puede pasar a ser novelista y viceversa; sus relaciones y diferencias son las que han permitido que grandes escritores como Gabriel García Márquez, Germán Castro Caycedo, Laura Restrepo, Álvaro Cepeda Samudio y Eduardo Caballero Calderón, por sólo nombrar algunos, hayan transitado de un oficio a otro, demostrando que esa brecha delgada o abismal se puede saltar sin ningún problema manteniendo el oficio de la palabra estrechamente ligado.

Para entender las verdaderas relaciones y diferencias entre periodismo y literatura sería necesario que nosotros mismos, transitáramos por ambos caminos como lo han hecho grandes escritores, quienes gracias a su sensibilidad experimentaron una necesidad de conocer realidades sociales emergentes, para configurarlas de acuerdo a su experiencia individual, pasando de la incipiente prosa periodística al amplio espectro literario, el cual sin duda es el más versátil, difundido, importante y difícil de caracterizar.

Tal como lo expresó Caballero Calderón, en su discurso de posesión como miembro de la Real Academia de la Lengua (1946) al decir que es consciente de la diferencia sustancial que existe entre el periodismo y la literatura, ya que el medio y el público para el que escriben no son los mismos. Los métodos de trabajo son diferentes, sus fines y preocupaciones muy distintas y aunque uno alimenta al otro, el literato escribe para la eternidad mientras que el periodista lo hace para el día que transcurre; por tal motivo buscó expresar sus pensamientos, nutriéndolos con cada día que vivió y con cada palabra que escribió.

1.3 Periodismo, génesis de la obra de Eduardo Caballero Calderón

Periodista, ensayista, traductor, diplomático, editor y novelista, fueron las ocupaciones de Eduardo Caballero Calderón quien se destacó como uno de los escritores más importantes del siglo XX en Colombia y aunque se tiende a reconocer más ampliamente al literato que al periodista, en este apartado se procura abordar brevemente la génesis del escritor bogotano, ya que al igual que muchos literatos, Caballero Calderón se inició en el periodismo, oficio que le permitió no solo hacerse a un nombre propio y ser reconocido en el campo de la información, sino que también lo llevó a construir un estilo y mundo literario único, características que le permitieron alcanzar el reconocimiento, del gran

novelista que retrató estéticamente problemáticas sociales de nuestra realidad colombiana en épocas de violencia.

Melancólico y sentimental como los páramos tristes de Boyacá; así se definía Eduardo Caballero Calderón, fue un escritor cuya influencia periodística estuvo marcada por su padre y donde a su vez encontró inspiración para elaborar novelas gracias a la tradición oral proveniente de los campesinos durante su niñez, aquellos que habitaron desde 1560 la Hacienda Tipacoque, propiedad de sus abuelos, y que con el tiempo se convirtió en un municipio que recibe el mismo nombre al norte de Boyacá (1968). El paisaje, su gente y la problemática que acompañó al habitante de estas tierras se plasmaron en varias obras literarias, cuyo periodo de gestación inició entre sus millares de columnas en los periódicos, *El Espectador* y *El Tiempo* a los que estuvo vinculado formalmente desde el 18 de mayo de 1938 hasta 1977.

El 17 de junio de 1927, meses antes de obtener el título de bachiller, publicó en el periódico *El Espectador* “El sueño de los sueños” artículo que pretendía realizar un homenaje al escritor Marco Fidel Suárez con motivo de su muerte, mediante un concurso realizado por su maestro Tomás Rueda Vargas entre los alumnos del Gimnasio Moderno, colegio fundado por su tío Agustín Nieto Caballero. En ese mismo año creó la revista *El Aguilucho* y estuvo vinculado a *El Espectador* y *El Tiempo* durante casi toda su vida, firmando sus columnas con el seudónimo de Swann, en honor a Marcel Proust, uno de sus escritores favoritos.

Sus columnas periodísticas son una antología de los problemas del país en general, sin olvidar especialmente la tierras boyacenses; desde sus inicios en el periódico *El Tiempo*

retrató la vida y los conflictos contemporáneos, ya que según afirmaba, era más fácil hablar de eventos pasados consignados en la historia, que escribir un diario de sucesos que afectaran una generación presente que vivía y sentía las injusticias del momento. Desde aquellos años vivió contemplando los personajes que reclamaban atención inmediata ¿y qué mejor forma que la prontitud e inmediatez del periódico para solidarizarse con aquellos desvalidos? Su obra es de tono personal desde lo periodístico hasta lo novelesco, pero fue lo informativo lo que le permitió expresar su punto de vista a una realidad que quedaría plasmada posteriormente en la historia por medio de sus novelas. La actividad periodística le permitió enfrentar la realidad que lo rodeaba y sumergirse en los conflictos internos de su país sin dejar de resaltar la belleza de su paisaje y sus gentes.

El miércoles 18 de mayo de 1938 se estrenó como escritor de El Tiempo en la columna “Cosas del día” con el artículo “La muerte de la Victoria” y aquí ya se vislumbraba el carácter de su estilo, en el que desnudaba su propio sentir, la fraternidad por la gente del común y la miseria a la que vivían expuestas las clases sociales menos favorecidas:

Esta mañana al pasar por la Avenida de la República, fui testigo de un espectáculo que me llenó de tristeza. En dirección a la capilla San Diego se dirigía la humilde comitiva de un entierro de tercera clase. Apenas iban acompañando al muerto, unas veinte personas de su parentela (Swann, 1938: 5).

En este artículo el escritor concluye con la claridad y elegancia prosística que ya lo empezaba a identificar, el deseo de extender su narrativa e intentar perfeccionar estéticamente su nota periodística con algo que podría parecer una breve y solemne elegía, un hecho cotidiano de manera melancólica y sentimental:

Así la vi pasar, y, tal vez porque tengo el alma demasiado ingenua, sentí un gran desfallecimiento de angustia. Hubiera hecho una frase, si supiera hacer frases como las gentes que ven la vida por entre la gramática; pero no sé hacer frases. Apenas pensé que es un espectáculo muy triste el de todas las victorias muertas que todavía se arrastran por las calles (5).

En otro de sus artículos perpetuaba las palabras de su abuelo, reseñando el amor por aquellos componentes geográficos, que le heredarían sus antepasados y que ciertamente se convertirían en sus tierras y su gente, un universo literario que años después se patentizaría en la prosa de Caballero Calderón, mediante los paisajes y personajes de sus novelas extraídos de todos los rincones boyacenses:

Mi abuelo que pasó largos periodos de su vida en la ciudad devota, tenía los ojos tristes cuando hablaba de ella. Me decía:

- Tunja es una ciudad donde no corre el tiempo. Es una ciudad situada al margen de la vida. Si algún día tienes la angustia de vivir, que te exaspera el ánimo y te corrompe la sangre, vete a Tunja donde la vida es dulce porque no se siente vivirla, ¿Sabes qué es Tunja?
- Y cerrando los ojos como para aprisionar las imágenes y retener los recuerdos, me decía: “Tunja es la ciudad donde más dulcemente se podría uno morir (Swann, 1938: 5).

Se evidencia el amor heredado e inalterable por la tierra de sus ancestros y del mismo modo sus notas periodísticas transitaban entre las memorias del niño que creció entre la Bogotá de 1920 y los paisajes imborrables de la evocación de una niñez enmarcada entre lo rural y lo urbano. Durante sus años de infancia Caballero Calderón cultivó un mosaico de colores y vivencias en medio de un círculo de gentes que se movían entre la política y la cultura, y otras que oscilaban entre la injusticia y la pobreza extrema, un país agobiado por las guerras y la gran influencia eclesiástica marcarían el pensamiento de un niño con el afán de responderse así mismo, inquietudes que iban formando poco a poco al escritor.

Es natural que al llegar a la adultez, Caballero Calderón hubiese nutrido su intelecto y las influencias de otros escritores se hicieran notar, mientras buscaba la forma de construir

aquel mundo literario en el que no se agotaran o se tuvieran que economizar las palabras, como sucedía en sus habituales columnas con las que fue armando, *Tipacoque* y *Diario de Tipacoque*. Caballero Calderón se sentía un hombre de campo y asumía sus problemáticas como propias, exaltando el campo como lo hizo en el periódico *El Tiempo* durante más de treinta años. Una muestra de ello se puede observar en un artículo publicado el domingo 23 de febrero de 1953, y que tituló “*Un español por siempre. La vejez de Azorín*” donde en pleno furor de la novela existencialista, el escritor español apelaba a pedagogos en mula y caminantes por las rutas de Castilla:

Azorín recorre a pie los pueblos de la llanura castellana, sus murallas vencidas, sus plazas desiertas, sus casinos donde aún conspiran cura y hacendado, notario y alcalde, los pasos del Quijote, siglos después, y nos ofrece así un mundo inmóvil. Sencillez, claridad, minuciosidad y la perla inesperada de un vocablo viejo y sabroso que brilla entere las palabras comunes y corrientes (Swann, 1953:1).

Caballero Calderón concluye: “La prosa de Azorín tiene, como la capa de polvo que se adhiere a las cosas, el poder de levantarse de pronto e irisarse al sol de la poesía, creando una ilusión admirable que raras veces podemos encontrar tan lograda en otros estilistas de España” (Swann, 1953:4). José Ortega y Gasset, en 1912, citado por Juan Gustavo Cobo Borda comenta sobre un libro de Azorín:

El arte de Azorín consiste en suspender el movimiento de las cosas haciendo que la postura en que las sorprende se perpetúe indefinidamente como en un perenne eco sentimental. De este modo, lo pasado no pasa totalmente. De este modo se desvirtúa el poder corruptor del tiempo (2004:536).

Es posible que la mirada de Azorín haya influenciado a Caballero Calderón para ver a Boyacá de ese mismo modo; un mundo que se venía abajo, corrupción, falta de oportunidades y un conjunto de habitantes que se degradan a causa del capitalismo y la ignorancia como común denominador, ya que la pedagogía no estaba al alcance de los

jóvenes de clase humilde, en especial los campesinos quienes máximo alcanzarían a ser conductores de autobús intermunicipal.

La influencia eclesiástica es una constante en sus obras y en sus artículos periodísticos, ya que ésta era una figura predominante en el destino de los habitantes de la nación y su papel frente a los nuevos tiempos tomaría un protagonismo relevante. En sus artículos, Caballero Calderón da cuenta de la condición religiosa frente a los nuevos tiempos y la creciente marginación de la religión, especialmente de la fe católica, en la ciudad, debido a la modernidad. En un artículo publicado el 13 de febrero de 1939 titulado, “*El sentimiento religioso*” entre líneas expone la queja de un escritor liberal a causa de la indiferencia de los católicos por no guardar el respectivo luto como consecuencia de la muerte del Papa Pio XI. El afectado dice que el sentimiento religioso se ha entibiado y aún, resfriado, a tal punto que en la capital de la República no hubo un solo habitante que no dejara de asistir al cine o estar pendiente del fútbol mientras el Sumo Pontífice agonizaba, de igual modo protesta por la importancia que se le dio a una noticia política al extenderse en un diario local a ocho columnas, mientras la noticia del Papa, transcurrió sin que la vida de los habitantes de la ciudad se alterara en lo más mínimo. Frente a esto Caballero Calderón responde que la gran reserva religiosa no se encuentra en las ciudades sino en el campo, resalta el poder de la iglesia en las zonas rurales donde sus habitantes aun conservan intacta su tradición religiosa, una prueba de ello es el paisaje (tema recurrente en sus posteriores escritos) donde la iglesia se divisa a lo lejos del pueblo resaltando su importancia e imponencia sobre las condiciones materiales y sociales para la vida cristiana. No se concibe otra idea de relacionarse con Dios en este mundo, si no es por medio de un templo o de un hombre considerado ministro de los cielos aquí en la tierra: “Cuando sus campanas se echan a

vuelo, los campos parecen recogerse por la oración de la tarde. Y en los domingos y días de fiesta, los caminos embarrados del monte se llenan de viajeros endomingados que van a la misa mayor, a veces arriando una cabra para el señor cura” (Swann, 1939:5).

Estos aspectos se evidencian claramente en las novelas, *El Cristo de espaldas* (1952) y *Siervo sin tierra* (1955) donde la figura eclesiástica está en armonía con la fe y la razón de sus habitantes, cumpliendo con un factor decisivo para humanizar al hombre y enaltecer su dignidad.

Es completamente normal que en el transcurso de nuestra historia la iglesia haya cumplido un papel social y cultural del cual Caballero Calderón se percató expresando la pérdida de significación que las doctrinas religiosas sufrían con el tiempo, especialmente con el hombre de la ciudad, muy por el contrario con el hombre de campo cuya característica se observa no sólo en sus artículos periodísticos sino también en sus novelas. La iglesia posee un carácter social visible, la creencia de la religión católica es una de las piezas más importantes de la estructura colonial, ya que además del peso institucional, la iglesia adquiere un gran influjo de masas, sobre todo campesinas por el papel que juega la aculturación y evangelización de esta población típicamente colonial, donde el sistema de cristianización y los modelos económicos sustentados en el trabajo de la tierra, llevaban consigo una marcada estratificación social basada en la raza y en la posición económica de sus habitantes, sin que la fe católica se desarraigara por completo del país o de las clases altas; un hecho social es el reconocimiento de la religión por parte de todos los habitantes del país y en especial del gobierno a quien no le convenía estar en guerra con su pueblo por lo más común y característico que poseía: “El sentimiento religioso” como tituló un artículo Caballero Calderón y en el que concluye con una pequeña historia en la que unos

campesinos se niegan a que el sacerdote del pueblo cambie la figura de una virgen deteriorada por una nueva porque según ellos “la virgen vieja es la que hace milagros:

Y esa es la fe popular, el sentimiento religioso en su estado más puro, en su etapa más simple. A tiempo que los contados campesinos de una aldea, defienden su vieja virgen de la virgen nueva que va a usurparle su dominio. Los ciudadanos de la capital no conceden la menor importancia a que en Roma un Papa nuevo vaya a sustituir, Dios sabe en qué forma, al viejo Papa de la Paz (Swann, 1939:5).

El escritor retrata la fe cristiana propia de los católicos de las zonas rurales, quienes asumen la religión como un compromiso, un servicio de bien común tal como lo es la manifestación del amor al prójimo, y la adoración de símbolos religiosos tradicionales que se fueron perdiendo con el paso del tiempo y los cambios sociales que se experimentaron durante el siglo XX. La iglesia inicialmente está presente en diferentes artículos de Caballero Calderón y posteriormente en sus novelas, cumpliendo una función educadora de las conciencias, incluso en el terreno social y político, ya que la iglesia posee no solamente el derecho de defender los principios morales y religiosos, sino que también interviene con gran autoridad en el orden temporal de diversos acontecimientos sociales. En nombre de su misión espiritual interviene para proteger a los más necesitados, ya que no puede permanecer indiferente ante las condiciones y necesidades más concretas de la existencia humana sin que ello impida que además, su intervención esté ligada a la política.

En su habitual columna de El Tiempo “Cosas del día”, el jueves 2 de febrero de 1939 demostraría su desilusión para con los políticos, arremetiendo de la siguiente manera en un artículo titulado “*Políticos por dentro y por fuera*”:

Cuando el que esto escribe tenía tan solo quince años que hacen del mundo una esfera milagrosa que navega al azar en una atmósfera de milagro, los políticos constituían su admiración más vehemente. El político era un señor vestido de oscuro, con cuello de punta vuelta que subía las gradas del capitolio con la frente oscurecida por los problemas nacionales. Era el señor que llevaba entre su cartera, bajo el brazo, el destino de la república. Había nacido para pensar por la numerosa e insignificante tribu de los electores, y por ello, tenía derecho a que el Estado lo sostuviera y mantuviera ante todo y por sobre todo.

Años más tarde, cuando el autor de este comentario se encontraba en la universidad y tenía entre sus profesores muchos políticos de alto bordo, muchos ministros de despacho y otros pájaros por el estilo, su visión del político se redujo extraordinariamente. Llegó a convertirse en un señor que decía tonterías como cualquier señor que no fuera político, y únicamente gozaba del privilegio de que los diarios le publicaran el retrato con una desagradable frecuencia y los gobiernos le nombraran de vez en cuando, o bien ministro, o bien cónsul, o bien jefe de aduanas (Swann, 1939).

Después de expresar el sentimiento que le generaban los políticos, Caballero Calderón concluye que cualquier persona puede ocupar un cargo público, solo que quienes no se atreven a hacerlo es porque: “evidentemente existe gente buena y trabajadora en el mundo, que tiene cosas más importantes en qué pensar, que no sea exclusivamente en sí misma” (Swann, 1939).

Esta realidad retratada en el contexto periodístico, se fue convirtiendo en una posibilidad estética e histórica partiendo de un panorama que le presentaba los conflictos tradicionales del país, y mediante la producción periodística su obsesión por el campo se fue convirtiendo en el hilo conductor de su obra; esta idea fue el objeto de denuncia para que los estamentos gubernamentales tomaran conciencia de los profundos y auténticos problemas de la población rural. Sus notas periodísticas son un inventario de los problemas de la época y que hoy en día se aprecian con mayor claridad. De acuerdo a lo expresado por Caballero en su extensa narrativa, la abrumadora ignorancia del país no permitió que

Colombia fuera una nación compacta, culturalmente homogénea, moralmente unánime y racialmente conexas.

Los días de Caballero Calderón transcurrieron observando como la violencia política destruía la escala de valores morales de los individuos, a causa de la obsesión por el dinero, la constante impunidad con los campesinos y la incapacidad de construir un Estado equilibrado en el que los mejores hombres ocuparan los puestos que determinarían el crecimiento de las zonas rurales. Dichos fenómenos respaldaron la mirada irreverente que el escritor ejerció sobre la política. A pesar de sus cargos públicos: Asamblea, Diplomacia, Cámara y Alcaldía no impidieron que trabajara por el país y por sus gentes; en sus artículos, ensayos y novelas están registrados los sentimientos del escritor frente a los fenómenos políticos.

Treinta y nueve años de vinculación con el periódico El Tiempo, se fragmentan cuando se retira del diario, por solidaridad con su hermano Klim (Lucas Caballero Calderón) quien es apartado de su labor, como consecuencia de las sátiras lanzadas en sus columnas, contra el gobierno de López Michelsen. Las constantes críticas, acompañadas de un excelente sentido del humor por parte del escritor, generaron malestar en el mandatario, al punto de pedir su renuncia aduciendo que sus columnas desestabilizaban al gobierno. Estos acontecimientos no eran extraños en los hermanos Caballero Calderón, especialmente por parte de Eduardo, quien en varias ocasiones había arremetido contra Laureano Gómez y Rojas Pinilla, además de declararse amigo y admirador de Jorge Eliecer Gaitán.

No es casualidad que reconocidos literatos hayan cultivado el periodismo antes de ser reconocidos como grandes escritores, Defoe, Addison, Steele, Swift, Twain, Hemingway,

García Márquez y muchos más, evidenciando un estrecho vínculo entre literatura y periodismo, dos géneros aparentemente disimiles pero que como vimos, uno es el encargado de alimentar al otro, por tal motivo se hizo necesario trazar una panorámica de relaciones afines entre el escritor y el periodista, comprendiendo que a este último se le ha clasificado dentro de un aspecto rigurosamente profesional, pero que precisamente este oficio es el que le ha ejercitado y permitido desarrollar un mundo novelado a partir de un hecho social, histórico y autentico. Como periodista se mostró satisfecho porque lo siguieron mediante sus columnas, pero esto no sería suficiente, ya que su objetivo era escribir para el futuro y que se apreciara el valor estético de su obra, objetivo primordial de cualquier escritor, aunque no fuera inmediato, ya que a veces transcurren años o siglos para que la humanidad otorgue valor y méritos al literato; sin embargo, se puede apreciar cómo se fue cultivando el tema y el estilo que permitieron identificar e inmortalizar al novelista, que dio sus primeros pasos como periodista.

1.4 Caballero Calderón la visión de un ensayista

Se reconoce a Michel de Montaigne como el creador del ensayo, cuya influencia sobre los posteriores ensayistas ha sido muy fuerte, constante y continua. Prueba de ello es el mismo término que puso en circulación con *Les Essais* (1580- 1588). Con ellos instauró un estilo precursor de prosa testimonial y reflexiva, basada en la innovación progresiva y en el examen minucioso de la propia identidad. De la mano de Montaigne, el género ensayístico durante el siglo XVII, se convirtió en uno de los rasgos que definían el nuevo espíritu humanístico; con esto se evidenció la exploración de sí mismo, una nueva manera de conducir el pensamiento, impulsado por un propósito de aspecto axiológico, en busca de los nuevos valores que el Renacimiento atribuía a la condición humana.

En el siglo XX, el ensayo se ha extendido y diversificado. Textos fundamentales de la cultura contemporánea se han escrito en forma de ensayo, abarcando áreas tan importantes del conocimiento como la sociología, la filosofía, la historia, la política, el periodismo y la lingüística, solo por citar algunas. El ensayo puede reconocerse como una de las más importantes herramientas de expresión del pensamiento en nuestra época.

Eduardo Caballero Calderón además de periodista y novelista también escribió ensayos, utilizando la prosa para elaborar juicios acerca de los más intrincados problemas ideológicos y sociales del continente así como del país, aprovechando que el ensayo es un género donde se pueden concentrar libremente las más profundas pasiones humanas y puntos de vista particulares.

El ensayo es un quehacer intelectual y literario donde se compenetra el sentido crítico desde una perspectiva muy personal y cuidadosamente elaborada, en el que Caballero Calderón se deleitó escribiendo sobre aquello que le interesaba y le preocupaba. Aunque sus ensayos surgieron como necesidad de un desahogo, estos se originaron de dos fuentes principales: la primera, de su experiencia periodística; y la segunda, de sus viajes por América y Europa.

De sus primeros viajes surgieron dos libros de ensayo, *Suramérica tierra del hombre* (1942) y *Latinoamérica un mundo por hacer* (1944). En estos ensayos hace referencia a los problemas hispanoamericanos en general, resaltando las similitudes y diferencias entre los países del continente americano, especialmente la ignorancia y el desconocimiento del norteamericano por la cultura del sur, resaltando desde ese entonces el paisaje, tema que cumpliría un punto de referencia en sus novelas; exaltando las bellezas geográficas y culturales del continente.

Del mismo modo que el extranjero se sorprende cuando recorre Suramérica, el autor presenta las etapas más sobresalientes del paisaje americano: la selva, la aldea incaica, la ciudad del siglo XVII, la ciudad mestiza, la ciudad mulata, la ciudad virreinal, la ciudad republicana y la ciudad cosmopolita; esta última es la que determina la diferencia de nuestras ciudades, con las ciudades europeas ya que estas se han independizado del campo, las relaciones humanas se multiplican y se fortalecen económicamente desvinculándose espiritualmente del agro, el paisaje europeo se ha ido urbanizando aceleradamente mientras que según el escritor la geografía primaria se encuentra en Suramérica: “donde todavía existen intactos el campo y la vida campesina, y donde hasta las grandes capitales como Buenos Aires, Santiago y Rio son rurales como enormes aldeas” (Caballero, 1963:401).

Es un viaje del escritor no solo a través del tiempo sino también a través de la historia y el paisaje suramericano¹. Así mismo, deja ver su preocupación por los problemas sociales y económicos que presentan todos los países, como consecuencia de las guerras, sin que ello impida, como él mismo lo afirma, seguir creyendo en el porvenir de Suramérica a pesar de los diversos fenómenos que la agobian: gobiernos ineficaces y personalistas, caos social y político, la falta de preparación de las clases dirigentes y todos los peligros que atentan contra su desarrollo.

La belleza y extensión de su prosa van reflejando un discurso autobiográfico de todo lo presenciado, ya que para el autor el drama humano es parte de su paisaje. A lo largo de sus páginas va reflejando su gran amor por la patria y su frecuente preocupación por el

¹ Según Caballero Calderón: Entre el hombre del Viejo Mundo y el de América la diferencia consiste, en que el primero es un ciudadano, mientras que el segundo no es más que un campesino, un aldeano. Como el paisaje suramericano dista mucho de estar exhausto y por el contrario es una reserva inagotable de fuentes económicas y sugerencias espirituales, seguiremos siendo campesinos, y nuestras ciudades tendrán alma de aldeas (1963:403).

industrialismo, las comunicaciones, las revoluciones, las democracias, las dictaduras, las guerras mundiales, los conflictos nacionales y el caos ideológico y económico que se presenta como consecuencia de la sed de poder.

En cuanto a las razas se permitía enaltecer a aquellas manos fuertes y trabajadoras que fueron construyendo nuestra país, pero que para la historia pasaron desapercibidas o retratadas de forma insignificante como lo sucedido con los negros esclavos que edificaron Cartagena: “El negro es un tipo humano elemental, que está más cerca de la tierra que el blanco. Su espíritu se confunde con el paisaje y se entrega a él sin presentarle la resistencia espiritual que le pone el blanco” (Caballero, 1956: 332).

Eduardo Caballero Calderón es un escritor sumergido en sus raíces, en su tierra, en los seres que la edificaron con la permanente inquietud en sus inicios como ensayista por las dificultades que presentaba el país, hasta llegar con el tiempo a puntualizar en su prosa las inconformidades, el amor, el paisaje, la melancolía, los problemas sociales y económicos de la tierra colombiana. Estos vínculos no solo estuvieron presentes en su prosa sino también en su vida como político y periodista la cual permitió que Caballero Calderón realizara innumerables viajes no solo por las ciudades, sino también por los pueblos colombianos que dejaron como resultado una serie de reflexiones consignadas en ensayos dirigidos a poblaciones correspondientes a La Guajira, Nariño y, por supuesto, Boyacá y Santander, que constituyen el punto de partida de sus relatos y novelas.

1.5 La mirada del ensayista al problema rural

John Skirius en su, *Ensayo hispanoamericano del siglo XX*, afirma que: “El ensayo es una meditación escrita en estilo literario; es la literatura de ideas y, muy a menudo, lleva la impronta personal del autor” (2004:9).

A lo largo de su vida, Eduardo Caballero Calderón publicaría diversos ensayos encaminados a retratar los problemas sociales y económicos de Latinoamérica, sin embargo no dejaría a un lado el sentimiento nacional, razón por la cual es preciso referenciar aquellos que evidencian la subjetiva mirada del escritor en cuanto a la problemática del campesino boyacense, quien sería la fuente de inspiración e identidad para el desarrollo de la construcción literaria del novelista bogotano, especialmente en las novelas y relatos objeto de estudio para este trabajo, *Tipacoque* y *Siervo sin tierra*.

“Cartas colombianas”, publicado por primera vez en 1949, es una antología de ensayos cuya principal característica es la denuncia epistolar de problemas políticos y sociales, sin tapujos ni adornos como el mismo lo describe, para que con “suerte” el gobierno se entere de lo que sucede especialmente en regiones como La Guajira, Santander y Boyacá. Asimismo, la intención del ensayista, es lograr que la población nacional en general, se dé por enterada de la realidad de los habitantes de estas regiones y que por lo menos, el gobierno analice la gravedad que representa el éxodo de estos compatriotas a otras regiones, a causa de la violencia y la indiferencia burocrática.

En este ensayo se percibe el preámbulo del autor para la concepción estética de lo que llegaría a convertirse en, *Siervo sin tierra*. En estas epístolas se evidencian las preocupaciones del intelectual, en cuanto a la formación y desarrollo de las tierras

santandereanas y boyacenses, que aunque como afirma el mismo Caballero Calderón, no le duele recorrer estos territorios a pesar que se encuentren ensangrentados, porque de todas las tierras colombianas son estas las que prefiere. “Tengo como quien dice, una pierna en las montañas de Suaita y otra en las peñas de Bavatá” (1949:139).

Para referirse especialmente a estas tierras el escritor nos presenta en su ensayo *Cartas Colombianas* (1949) un capítulo titulado, “Cartas de Santander y Boyacá” once cartas dirigidas de modo personal a un destinatario que no precisa, ya que su intención es apelar al habitante colombiano en general, ante el desconocimiento de la problemática que presentan las regiones a las que hace referencia, si se observa que la intención primordial de estas cartas es denunciar directamente ante los organismos gubernamentales, quienes miran de lejos y de manera impersonal los problemas que aquejan a las regiones de Boyacá y Santander, cuando son ellos quienes se han encargado de fomentar la violencia:

En una y otra tierra prospera hoy la semilla del odio. El espíritu de la represalia y de la venganza personal ha envenenado esas regiones bellas y amables, que son las yugulares de Colombia. La política encubre, y protege, y estimula un vandalaje atroz, por lo cual no me cansaré de decir que si por mi fuera enviaría a los politicastros de Colombia a trabajos forzados en Araracuara (1949:85).

En este fragmento tomado de la primera carta, *Entre Boyacá y Santander*, el escritor acusa directamente al gobierno de permitir la violencia en estas regiones en las que según recuerda, habitaban hombres nobles trabajadores y valientes pero que a causa del rencor político entre partidos se fue transformando en una región donde solo habitaban hombres llenos de odio, sumidos en la miseria y el terror, una tierra envenenada por la burocracia, la política que encubría a los asesinos y condenaba a los más débiles; a los campesinos, quienes sufren el deterioro de su cultura y su tierra, los cañaverales que ocupan las laderas del Suárez, los tabacales que se doran al sol en la vereda del Chicamocha, los maizales, el

trigo y toda la riqueza del campo se encontraba en extinción. En Santander las gentes atemorizadas, no se atrevían a ordeñar sus vacas y en Boyacá se les negaba a los pobres campesinos el agua y la sal por ser estos liberales o conservadores.

Es un escrito sincero y desgarrador vivido por el mismo escritor en las tierras que lo vieron crecer y que a pesar de su destacada figura intelectual no olvidó, sino que fue consignando en su memoria y en sus ensayos problemas reales de una época de violencia, que posteriormente plasmaría en la novela colombiana que retrata al campesino que se mueve por estas tierras; Siervo Joya, personaje que se va cultivando en la mente del político, periodista y ensayista con deseos de novelar la realidad del país con la intención que no se olvidará lo ocurrido en esos años de violencia bipartidista, donde pareciera estar ejercitándose mediante su oficio de ensayista, ya que de todos los géneros de carácter discursivo, el ensayo es el que mejor se adapta a los diversos sectores y estratos de la cultura en general.

Todas las cartas las inicia dirigidas a “Mi querido amigo” haciendo un llamado al pueblo colombiano que ignora la sed y el hambre con que viven otras zonas del país, resaltando las grandes bondades humanas y naturales presentes en la historia boyacense y santandereana; aquí vale la pena recordar que la cercanía y los límites de estas dos regiones permiten al escritor configurar un espacio geográfico y cultural presente en sus obras, donde el desconsuelo por la situación de estos territorios en ocasiones le hace pensar en desistir de escribir sobre la vida, la familia, la honra y la tierra de estas gentes que parecen no merecer ya ningún respeto, la barbarie primitiva se ha vuelto a apoderar de las personas que había admirado como influencia de sus antepasados; la espiritualidad ha pasado a un segundo plano porque hasta los sacerdotes ya no hablan del cielo, sino que la salvación y el infierno

están en el partido liberal o el conservador. La gente ilustrada de la capital ya no viene a enseñarle al campesino como sembrar, sino que su única enseñanza es cómo o por quién se debe votar y el insumo primordial es un tarro de tinta, motivo por el que lógicamente se está empobreciendo la tierra, pero ni los más ilustres personajes que han gobernado la nación se han percatado de aquello:

Mi querido amigo, he tenido la tentación de abandonarlo todo y encerrarme en Tipacoque como en un castillo, a leer y a olvidarme de que estoy viviendo. ¿Para qué escribo libros, si aquí a nadie le importa lo que no se refiere a candidatos, congresos, políticos y elecciones? ¿Para qué preocuparme por cosas que al país no le importan? ¿Por qué he de emplear mi tiempo en describir este cadáver de ciudad, que es Vélez, cuando tengo todavía en las retinas la imagen del Ponte Vecchio que salta sobre las amarillas aguas del Arno? ¿Acaso los políticos han de leer estas líneas? Y los gobiernos: ¿acaso leen cosa distinta de lo que les conviene pescar entre líneas de los telegramas de los alcaldes? Nada, mi amigo, que a veces me entra la tentación de largarme y me atormenta el dolor de no poder hacerlo (1949:100).

En la agonía de los pueblos santandereanos y boyacenses a causa de la violencia, Caballero Calderón no culpa al campesino, ya que éste no es más que un instrumento de la maquinaria política que se aprovecha de su ignorancia, es una sociedad en la que renunció la autoridad, la justicia es corrupta y la desprestigian hasta las fuerzas públicas como la policía, que en su mayoría está compuesta por chulavitas² cuya filosofía radicaba en la política, protegiendo a los de un bando y hostigando y persiguiendo a los del otro. Los campesinos no se pueden dividir en buenos o malos, liberales o conservadores ya que solo basta conversar con ellos para darse cuenta que no son más que hombres pertenecientes a alguna de las dos caras, porque hasta ellos mismos ignoraban cuales eran los principios que presidían a su partido, los motivos para pertenecer a uno de los dos bandos era la región o

² Se denominó chulavitas, a un grupo armado de campesinos conservadores, procedentes de la vereda de Chulavita, en el departamento de Boyacá, quienes estaban respaldados por la policía y el gobierno de turno con el fin de restablecer inicialmente, el orden con motivo de la muerte de Jorge Eliecer Gaitán; Posteriormente fueron utilizados para llevar a cabo masacres en contra de las guerrillas y el partido liberal. (Guerrero, 1991: 256).

la descendencia. El autor afirma que hasta la policía era una fiel muestra de aquello: “Converse usted con ellos dos palabras y se convencerá de que son, para usar el término más benévolo, brutos en uniforme” (112).

Para finalizar este apartado, se evidencia que los ensayos preliminares a la novela *Siervo sin tierra* son una muestra de que para Caballero Calderón, el campesino es la parte esencial de su preocupación y que el bienestar de éste estuvo dentro de sus prioridades; por tal motivo, estos constituyen una denuncia y reflexión ante la indiferencia de un país que olvida que fueron ellos quienes construyeron el país, así como también al mismo tiempo eran víctimas de una violencia ejercida y amparada por el gobierno.

El carácter asistemático de la prosa ensayística, explica su presencia en la cultura contemporánea, se escriben ensayos de varios tipos y temas, en los que se observa el más complejo lenguaje filosófico hasta el más ligero y digerible para toda clase de público, sin olvidar la hibridación occidental entre novela y ensayo, como la presentada por Milan Kundera y Umberto Eco.

Caballero Calderón nos presentó su obra periodística y ensayística reflejando sus amores y odios, su prosa evidencia el modelo de un trabajo a conciencia y sin escrúpulos, ocupando un reconocido lugar entre los géneros testimoniales, que fueron alimentando poco a poco una forma de escritura realista, que configuraría más adelante, mediante una serie de ingredientes sociales de la época su universo literario, captando escenas y situaciones de la vida rural con una técnica y temática relativamente rudimentaria pero muy eficaz, en sintonía con su sensibilidad fomentada a través del periodismo y el ensayo.

2. Tipacoque una realidad a través de la literatura

En palabras de Eduardo Caballero Calderón: “Tipacoque es la deformación de la palabra: ZIPACOQUE, que en lengua Muisca significa: dependencia del ZIPA. Se dice que allí reinaba una cacica cuyo principado cobijaba toda la antigua Hacienda, en sus aldeaños desde el Chicamocha, hasta las montañas de Sativanorte y la Vega del vecino Onzaga; cuando vino la conquista un grupo de frailes Dominicos la despojaron de su propiedad y edificaron un convento” (1964:21).

En 1600 la propiedad pasó a manos de la familia Tejada, luego a los Calderón Tejada y de estos a sus descendientes; hechos que transcurrieron durante más de dos siglos. A partir de 1852, cuando se abolió la esclavitud, los campesinos continuaron pagando una obligación a la Hacienda, que consistía en un jornal semanal y la mayor parte de la producción por el derecho a vivir en tierras de sus amos. En la década de los 30, con la reforma agraria, se inició la parcelación de la hacienda y los dueños vendieron las tierras a precios cómodos.

Cuando se creó el Municipio de Soatá, Tipacoque fue integrado a este como una vereda, más tarde, se convirtió en inspección de policía, subdividida en tres veredas: Tipacoque, Ovachia y La Carrera. Tipacoque fue creado como municipio, mediante la ordenanza N° 17 del 28 de Noviembre de 1968, siendo sus gestores Elvia Sandoval de Rojas y el Insigne escritor Eduardo Caballero Calderón, quien fue su primer alcalde (1969).

2.1 Tipacoque en la narrativa de Eduardo Caballero Calderón

De acuerdo a las dolorosas experiencias del campesino colombiano observamos lo que fuimos y lo que somos hoy en día, ya que hay una estrecha relación entre la urbe y la zona rural a pesar que nos encontramos en un país complejo y heterogéneo en cuanto a costumbres y razas. Sería pretencioso que un solo escritor abarcara toda la historia del campesinado colombiano; motivo por el que Eduardo Caballero Calderón trazó una línea divisoria del campesino en su literatura; fue un escritor marcado por la tierra que habitó su familia desde 1560 y que redujo su hacienda de 10.000 hectáreas a una casa distinguida y unos terrenos áridos que se convirtieron en el municipio de Tipacoque (1968). Aunque Caballero Calderón nació en Bogotá, sus padres, el General Lucas Caballero y doña María del Carmen Calderón, traían consigo raíces boyacenses y santandereanas, motivo por el que estas tierras marcarían el horizonte ancestral, que años más tarde mitificaría en su obra.

Sus novelas constituyen la mentalidad colectiva de un pueblo que tuvo que soportar los signos sociales y comerciales del siglo XIX y XX oscilando entre las guerras y las reformas nacionales a causa de la política. Caballero publica *Tipacoque* y decide publicar lo que él consideró como su segunda parte diez años después, *Diario de Tipacoque* (1950). Según lo dicho por el propio escritor: “la primera fue escrita de memoria y sobre recuerdos, muy lejos de Colombia; la segunda fue redactada en su propia tierra como quien toma apuntes del natural, y a la vista del modelo: y en esto está la principal diferencia entre *Tipacoque* y el *Diario*” (1963: 147).

La principal característica de estas obras, es que reflejan la mirada previa del escritor sobre un paisaje natural y espiritual conformado por sus campesinos, que no tardaría en ser

destruido, a raíz de las consecuencias sociales y políticas, puesto que los cambios económicos no tardarían en hacerse visibles; el fenómeno de la violencia cuyas causas estuvieron ligadas con los procesos de formación social en el país, junto con los rápidos cambios socioeconómicos y políticos resultantes del proceso de industrialización, produjeron una lucha de bandos que conformó los partidos políticos tradicionales, acentuando las diferencias sociales y económicas que terminarían explotando y desterrando al campesino.

En Colombia las verdaderas bases de la vida social y económica estaban en el campo, desde donde las haciendas y los campesinos abastecían los mercados regionales como parte de su modo tradicional de producción agrícola. La formación de haciendas y del campesinado fue el resultado de un prolongado proceso; de ahí que las principales raíces de sus escritos se remonten a la evolución del régimen agrario colonial, del que las familias Caballero y Calderón fueron protagonistas.

Siguiendo este orden de ideas: los recuerdos, apuntes, artículos y ensayos de la realidad del pueblo boyacense que Caballero Calderón recopiló durante varios años, fueron el punto de partida para la génesis de una narrativa de quien observaba y detestaba la escabrosa falta de sensibilidad social, el arbitrario sistema de una organización anticuada y obsoleta de la vida, cuando existían patrones, arrendatarios, amos y criados, como era la vida real de ese entonces y no la vida inventada que retrataban y cultivaban los políticos sobre el ignorante campesino.

2.2 Configuración de un universo literario a partir de la vida cotidiana

“Recordar la infancia es recordar un sueño. Por ser el mundo del niño un sueño muy largo, las cosas concretas y tal como son apenas le impresionan. De ahí que cueste tanto trabajo recordarlas. Si las viéramos otra vez con nuestros ojos de hombres maduros, seguramente no las reconoceríamos” (Caballero, 1964:17-18).

Como se mencionó, *Diario de Tipacoque* es la continuación de *Tipacoque*, cuya diferencia es que la primera que se publicó, radica en la memoria del niño que fue cultivando recuerdos de su infancia entre la vida que transcurrió en la capital y la gran hacienda de sus abuelos al norte de Boyacá, más exactamente en Soatá uno de los municipios más grandes del departamento. La hacienda era propiedad de su abuelo materno Arístides Calderón de quien el escritor no tenía recuerdos, por morir éste, antes de que él naciera, motivo por el que sus memorias se centran en la figura matriarcal de su abuela Ana Rosa, a quien describe en sus relatos como una persona recia, distinguida e inteligente pero también arbitraria y caprichosa, especialmente con sus criados “los tipacoques” a quienes trajo a vivir y a servir a la capital en su casa quinta, ésta recibía el nombre de Santa Ana y Caballero Calderón la recuerda con especial afecto porque fue allí donde escuchó por primera vez el nombre “Tipacoque”.

La casa de su abuela y sus criados representaron para él la apertura al estereotipo de las costumbres boyacenses que se fueron impregnando durante su niñez y que se convertirían años más tarde en referentes para elaborar los personajes de su universo literario:

Mamá Toya era un chorote boyacense curtido por el aguamiel y el sol, Emilia Arce un alfeñique de los que hacen las monjas con azúcar blanca, Felipa un alfandoque perforado por las viruelas, y doña Isabel Uribe, la artífice de las brevas rellenas y los bocadillos de cidra, era verde como las brevas, pegajosa como el ariquepe y agridulce como la cidra. Isabel, verde, cidra; Rafael, miel; Ana Rosa, señora Santa Ana por qué llora el niño, por una manzana que se le ha perdido.

Y la quinta de mi abuela se llamaba Santa Ana, y ella guardaba en sus armarios manzanas canelas para perfumar la ropa...

“Pues anda a la huerta y cógete dos, una para el niño y otra para vos”

El niño era yo y vos era Mama Toya, a quien mi abuela para distinguirla de nosotros, le decía vos (Caballero 1964:18).

El escritor se dio a la tarea de retratar la tierra de su corazón en varios libros, debido no sólo a su tradición familiar sino también a los recuerdos y el misterio que le generaron las costumbres implantadas en su hogar desde que tuvo uso de razón. Los relatos en primera persona constituyen la identidad propia de la personalidad del novelista, al expresar su profundo sentido humano y social mediante la descripción que realiza de los personajes y los problemas pronunciados en sus novelas y relatos. Caballero Calderón los dota de indudable naturalidad y espontaneidad; sería imposible no crear en el lector ese sentido de solidaridad y compenetración con el campesino, aspectos indispensables para presentir que el escritor era una persona con gran sensibilidad social y humana siempre dispuesto a mantener relaciones fraternas y altruistas con sus semejantes, especialmente con la gente del campo a quienes consideraba los más necesitados y atropellados por el sistema burocrático.

Algo que despertó gran interés por las tierras Boyacenses en el escritor fue la tradición oral que trajo consigo “mama Toya” desde Tipacoque; Caballero Calderón recuerda los cuentos que narraba aquella criada nacida en Tipacoque, que sin pena ni remordimiento abandonó su familia, para dirigir el servicio doméstico a disposición de la abuela del escritor en la capital. Las historias en un comienzo eran las típicas narraciones fantasiosas que

empezaban con un: “erese” y concluían con “Colorín colorao, este cuento se ha acabao” “y entonces se casaron y tuvieron muchos hijos”, o “se acabó el cuento y se lo llevó el viento” (1940: 13).

Según el escritor, cuando mama Toya agotaba su repertorio ficticio, iniciaba con historias de Tipacoque donde retrataba bandidos que recorrían sus caminos, almas en pena que transitaban de un lugar a otro, cazadores de venados que perseguían a sus presas en la montaña de Onzaga, remedando sonidos que ambientaban el relato y le imprimían una veracidad que permitían viajar en el tiempo; era un continuo tránsito por caminos polvorientos, páramos que helaban el alma y ocultaban a sus bandidos entre la niebla, se escuchaban los ladridos de los perros y se retrataba el paisaje de tiempos inmemorables cuando su abuela era joven y realizaba viajes a la provincia a finales del siglo XIX, viajes que según como los relataba la criada parecían una odisea por lo lentos, la dificultad que presentaba la geografía de ese entonces y los caprichos de su abuela quien daba la orden de continuar o detenerse según su antojo, mientras dos tipacoques a paso lento la llevaban cargada en su silla de manos. El paisaje era descrito de una forma tan visceral que parecía inventado por la vieja mama Toya, mientras en Bogotá granizaba, allá en Tipacoque parecía que siempre salía el sol:

Un día cualquiera al llegar a la cumbre de Guantiva, las rocas se abrían en un balcón que mira al valle del Chicamocha y en la atmósfera cada vez más espesa y más tibia, comenzaba a flotar el olor de los trapiches y de los naranjos (olor de panela y de azahar), y contra las piedras del cauce galopaba el río, en cuyas sílabas ruidosas, se enreda toda mi infancia. -Cuenta más mama Toya, le decíamos nosotros (Caballero, 1963: 15-16).

La apertura a un mundo real que se manifestó inicialmente mediante relatos, permitió que el escritor un día cualquiera de su niñez iniciara la travesía de llegar a esa fabulosa tierra donde se contrastaban los helados páramos de Boyacá con el descenso hacía las vegas del norte, límites con Santander donde se podía observar el imponente y maravilloso Cañón del Chicamocha que se ofrecía como un espectáculo excepcional. El famoso camino real por el que se transitaba desde épocas de la Colonia, el tiempo y la modernidad lo fueron borrando, sin que ello impidiera recordar los empedrados trechos y las gentes que fueron alimentando el misticismo de la región y a su vez comprender que sus habitantes eran seres de carne y hueso, muy distintos de la vida quimérica que atribuyen los relatos, novelas y personas del gobierno.

El propio escritor pudo comprobar cómo nacían, vivían y morían los tipacoques, por tal motivo decía ¿Cómo podía yo dejar de escribir esta historia? Estos dos libros, *Tipacoque* y *Diario de Tipacoque*, son el resultado no solo de su habilidad creadora y narrativa sino que constituyen el inicio de una contribución a la causa por la que siempre luchó, los problemas del campesino, una causa real donde se comprenden no sólo sus costumbres sino también sus necesidades en la voz de un interlocutor que siempre demostró auténtica preocupación por el campesino.

2.3 Configuración del campesino tipacoque

El ser humano a través de la historia ha construido un conocimiento que le ha permitido sobreponerse a la realidad de su destino, superando obstáculos de toda índole, esto puede interpretarse como un síntoma de supervivencia mediante el cual ha tenido que buscar su propio bienestar, pero también ha sido él mismo quien se ha encargado de ser un

instrumento que impide la estabilidad y el bienestar de sus semejantes, convirtiendo el territorio nacional en un escenario segmentado cultural y económicamente que se evidencia claramente en el ámbito rural.

Tipacoque es el espacio donde se inicia la configuración de un mundo literario protagonizado por los campesinos de la región; es una mezcla cultural, racial y territorial entre los boyacenses y los santandereanos, entre los páramos y las áridas y calurosas tierras bajas del norte de Boyacá, que limitan con el departamento de Santander; estas características conforman un personaje que es consecuencia de una ubicación geográfica y la amalgama que se ha ido configurando a través del tiempo para formar una sola raza, identificando al habitante de este espacio territorial como resultado del mestizaje producido en el devenir de los años; así mismo, la facilidad del hombre para fusionarse y adaptarse rápidamente a una serie de leyes y costumbres que identifican a una cultura en especial, impide que en Colombia se pueda hablar de una raza homogénea nacional, pero si de varias y muy particulares, una de ellas, la que nos estampa Eduardo Caballero Calderón en sus libros.

La memoria de Caballero Calderón le permitió recopilar cientos de detalles que constituirían una visión propia de la realidad de las gentes que habitaron durante siglos, las agrestes tierras del norte de Boyacá; en sus narraciones se nota la influencia de una tradición oral transmitida por los tipacoques que llegaron a servir a la casa de su abuela en la capital y a los que posteriormente conocería en su propia región, convirtiéndolos en los protagonistas de sus relatos, mediante la personificación de sus personajes literarios; precisamente *Tipacoque*, inicia con el siguiente homenaje a los moradores de la región:

“Dedico a mi comadre Santos este libro cuyos únicos lectores posibles, que serían los tipacoques, excepción hecha de Marcos Lizarazo y de Siervo Joya no saben leer” (1963: 11).

2.4 Configuración femenina en Tipacoque

A las mujeres las toma como la columna vertebral en la que se articulan los primeros acercamientos a esta región; la primera, “mama Toya” se lo retrató mediante palabras como ya lo vimos; y la segunda, “La comadre Santos” es el ejemplo tangible y la configuración estética de la sabiduría campesina frente al nativo o forastero que transita por las tierras del norte de Boyacá.

“Yo creo que Santos ha existido siempre. Sería imposible determinar su edad, que ella misma, como el Padre Eterno, no sabe cuando comienza” (Caballero, 1964: 44). La Comadre Santos es la representación del papel que juega la mujer dentro de la sociedad campesina, ella es la identidad colectiva del género femenino en la región; generalmente se identifica a estas mujeres como personas carentes de importancia por su bajo nivel educativo, que no es comparable al de una persona de la ciudad a quien se tiene en el concepto de individuo civilizado. Esta mujer no sueña con la ciudad porque en el campo ella lo tiene todo para vivir y solucionar sus necesidades básicas, ella es el ejemplo del campesino que ama su tierra y no concibe la posibilidad de marcharse; es el ciudadano quien necesita de la mujer campesina como lo deja ver Caballero Calderón cuando reviste de total sabiduría a esta mujer; si alguien necesita andar por los duros caminos de la región, alimentarse de cualquier animal típico de las montañas o curar cualquier dolencia física, ella tiene la solución, sin siquiera haber cursado el más elemental de los niveles educativos

que otorgan las academias. Si desea cultura o entretenimiento no hay mujer que no sepa historias de terror o violencia, que recorran a través de sus palabras los caminos y montañas de la zona donde ella ha sido fiel testigo de la vida de los tipacoques, la belleza de la región la enaltece junto con la humildad, la valentía y el sufrimiento de sus habitantes. Es un fenómeno de bondad como la describe Caballero Calderón, pues no conoce la envidia, su humildad radica en poner su sabiduría al servicio de sus semejantes, la agudeza instintiva de su inteligencia y su rústico don profético:

Dice al ver un hombrecito que pasa por el camino arreando su yunta de bueyes, o con un cerdo en las costillas: “Ese hombre lleva la muerte en la cara. No terminará el mes.

- Pero, ¿tiene algo? ¿Está enfermo? - No, mi amo.

- Entonces, ¿cómo lo sabes? – Yo no sé, mi amo.

Pero es lo cierto que el hombrecito, que parecía bueno y sano, estira la pata a los quince días (1964:45).

Caballero Calderón describe a la mujer de esta región, con unas características específicas propias de la población rural, quien posee una significación social de acuerdo a las características físicas o rasgos más evidentes de su contextura como: la pigmentación de la piel, su baja estatura, la textura del cabello, los ojos y su cuerpo en general, constituyen el criterio propio del autor sobre el cual se basa la configuración física, consecuencia de una mezcla física, social y cultural que ha dejado el tiempo:

El pellejo de su rostro está literalmente surcado de arruguitas, y es un cuero seco, amarillo, que parece amasado con tierra del lugar: en la que se modelan también los chorotes, las ollas de nata y las cazuelas para la mazamorra. Los ojos, de una negrura extraordinaria, brillan gozosamente entre su nido de arrugas. Su nariz es tan simple como el mango de una cuchara de palo o el asa de una olleta. La boca, sin dientes, sabe sin embargo masticar también como el hocico de una cabra. Es una rendija en la mitad del rostro, una arruga muy larga que tiene dos curvas maliciosas en las comisuras; y cuando se abre muestra alegremente las encías de achote. Santos tiene el pelo negro, peinado en una pequeña trenza dura como un alambre, que le cae por la nuca. Finalmente, nadie podría determinar si es flaca o gorda,

porque su cuerpo está embutido en ocho pares de enaguas, y en el bolsillo del seno ella guarda una inverosímil cantidad de objetos que le deforman el busto (1964:44).

El escritor nos retrata una figura única, el arquetipo del personaje suele relacionarse con su entorno y sus tradiciones, es el espejo de la sociedad rural, la realidad de una situación y la intimidad del personaje con sus fundamentos esenciales, su constitución, el paso del tiempo, el sufrimiento y el deterioro del cuerpo, son síntomas que evidencian el transcurrir de una historia que deja huellas en su rostro; sin adornos el autor se propone despertar en la gente de la ciudad una profunda inquietud, señalando una relación de objetos tradicionales que reflejan una cultura impregnada de humildad y que es el referente de nuestra sociedad y geografía nacional campesina.

2.4.1 Configuración masculina en Tipacoque

Hay muchas formas de contar la historia de los hombres de una nación, pero la de Colombia adquiere diversos matices debido a la pluralidad cultural, la distribución política y las fronteras administrativas que deforman la realidad, permitiendo que se construyan dos historias: la oficial que es la que cuentan los profesionales; y la otra, la no oficial, que corre por los caminos empedrados, las montañas escarpadas, el reverberar de las aguas y el sudor sobre la tierra que han labrado los campesinos. Esta es la historia que se atrevió a contar Caballero Calderón para reconocer que somos una unión de países dentro de uno solo, prueba de ello son los defectos o características que constituyen el común denominador de todos los colombianos, siendo el medio físico y la raza lo que nos ha hecho diferentes. Vale la pena comprender lo que identifica al antioqueño, al costeño, al tolimense, al nariñense y por supuesto al santandereano de carácter recio y sobrio como las cabras que corretean los desfiladeros que circundan el Cañón del Chicamocha, y al boyacense manso y sereno como

oveja, cuyo país empieza en Sumapaz y termina geográficamente en los páramos de Guantiva y Güicán.

A finales del siglo XIX, Tipacoque contaba con cinco mil habitantes, diez mil hectáreas de tierra y las montañas de Onzaga, que se confunden en provincias que pertenecen a Santander. El mestizaje producido entre el santandereano y el boyacense, permitió que Caballero Calderón configurara una raza con características especiales que suelen identificarse en su genotipo, costumbres y dialecto; sin embargo, es necesario comprender como actúan los individuos en el seno de esta cultura, comprendiendo el antagonismo entre los universos masculino y femenino que presenta el autor.

Las características físicas del hombre no difieren mucho de la mujer, su tez se encuentra surcada por las señales que deja el ir y venir del páramo a la calurosa Vega del Chicamocha, su cabello es rucio y lacio como el de los Chibchas, una de las razas aborígenes más predominantes de la región, sus manos negras y arrugadas de trabajar la tierra, el tradicional jipa que rara vez se quita de la cabeza y una gran sonrisa que muestra sus encías, pues su escasa dentadura es un rasgo que identifica generalmente al campesino de la región. Hombre y mujer comparten la misma cultura, su diferencia radica en la labor, ya que es el género masculino la cabeza de la familia, y por tanto, quien trabaja la tierra.

En lenguaje de la provincia está provisto de giros castizos que Caballero Calderón identificó y plasmó en sus personajes, palabras extraídas de otro tiempo se quedaron rodando por allí, desde el tiempo en que llegaron los primeros habitantes a Tipacoque (a comienzos del siglo XVI). Los verbos: “columbrar”, “otear”, “atisbar”, “topar”, “enjalbegar”, “menear”; y las palabras: “alfaquía”, “aljofar”, “zotaina”, “mesmo” por

mismo, “asina” por así, “endenantes” por enantes, “mero” por puro y “no dejante” por no obstante, etc. Son palabras que el mismo escritor asociaba, con las encontradas únicamente en la lectura del Quijote; palabras que se fueron deformando por la pronunciación del campesino, y que ya no se utilizaban en las ciudades, se conservaban únicamente por estos dóciles habitantes.

Los indios tipacoques como suele llamarse a los campesinos de la región, emplean un lenguaje donde aún perdura la distinción de categorías sociales. Tratan de sumercé y mi amo a sus patrones y les hablan en tercera persona, entre ellos jamás se utiliza la segunda persona, tan común en las ciudades, y se han suprimido varias terminaciones, letras y palabras de uso común:

- El hombrecito de “Palo Quemao” se fue parriba...
- Y qué pasa con eso?
- Dicen que pa esconderse mi amo.
- Y por qué?
- La comadre Remigia me dijo que lo vio pasar pal monte, en la madrugada...
- Pero por qué?
- A mí se me ha metido entre ceja y ceja...
- Qué se te ha metido?
Entonces y sólo entonces, él dice: “Fue que anoche mataron de una puñalada a un hombrecito que cuidaba las cabras en el palmar” (Caballero, 1964: 31).

Mientras la figura femenina está representada por mama Toya o la comadre Santos, la configuración masculina en *Tipacoque* y *Diario de Tipacoque*, está encarnada especialmente por Marcos Lizarazo y Siervo Joya, este último sería años más tarde el protagonista de su emblemática novela *Siervo sin Tierra* (1955).

Caballero Calderón en la construcción de *Tipacoque* pone en evidencia el nivel primitivo, social e intelectual del hombre de la región, ello lo podemos observar en las historias y

diálogos que sostiene el autor con sus personajes; los campesinos son personajes perdidos en un mundo de leyes y culturas urbanas que no comprenden y de los que no se atreven a juzgar, ya que no sabe leer ni escribir. El papel impreso para los hombres de campo es un instrumento para reverenciar, porque representa un alto grado de complejidad y cultura que está lejos de su alcance. Por tal motivo el escritor relata la historia de Siervo Joya, como “la canallada más grande que se le ha hecho a alguien en nombre de la cultura” (Caballero, 1964: 60).

Su hijo Fulgencio al regresar de prestar el servicio militar en la capital le trajo el regalo más costoso que encontró en una librería; después de examinar una Enciclopedia Británica y un Diccionario de la lengua, optó por comprar el más costoso, grande y pesado del sitio, “El Arancel Aduanero”, pues su padre es el hombre que más sabe leer en Tipacoque:

Siervo no cabía en sí de gozo oyéndole contar todo aquello, ante la admiración de los compadres que con un respetuoso temor tomaban el libro entre las manos, lo abrían al azar, lo husmeaban y lo volvían a entregar, siempre reverentes, convencidos de que aquello debía ser algo muy valioso.

Desde entonces Siervo se dedica, los domingos, a la lectura del Arancel de Aduanas. Llevará en los años que hace que esto sucedió, unas cuarenta páginas. Si usted le cae cualquier día a la Vega, lo verá de lejos con las gafas caladas, sentado en la lanza del trapiche y con el Arancel en las manos (Caballero, 1964: 63).

De lo anterior se evidencia la dificultad que tiene el campesino para comprender tarifas, decretos, impuestos o el verdadero valor de aquello que se encuentra lejos de su sentido pragmático; para el campesino lo eficazmente comprensible, lo verdaderamente esencial es la tierra, el agua y el clima. Siervo Joya y sus compadres ciertamente no saben leer textos impresos, pero tienen en su mente la lectura comprensiva del hombre en el campo, y la preservación de los recursos naturales; es el hombre de la ciudad quien ha tardado en comprender que para la zona rural, es más valiosa la mano del hombre trabajador que los

grandes impuestos o los valores bursátiles, razón por la que Caballero Calderón le resta importancia a la línea divisoria que traza el gobierno entre la ciudad y el campo, otorgándole más importancia a la sabiduría rural.

El campesino es abnegado, bondadoso y muy honrado en sus actividades, y aunque es inteligente, su ingenua manifestación cultural ante los ciudadanos de la capital, lo ha convertido en víctima de los más grandes abusos gubernamentales, uno de ellos, la distribución de las tierras. El tipacoque es sencillo por naturaleza, gran trabajador, infatigable en las labores agrícolas, ya que es la más importante fuente de desarrollo económico, dirigiendo su camino hacía una permanente esperanza de progreso, adelanto y bienestar para sí mismo, y para su región, vive agradecido con la naturaleza y defiende con gran firmeza su territorio:

¡Que linda palabra esta de estancia! Me imagino que viene del verbo estar, pero no me curo de averiguarlo. La estancia no es el rancho infecto ni la casa rodada en el pedregal, sino la tierra donde el hombre “se está”, donde puede estarse y quedarse y permanecer indefinidamente, siguiendo el ritmo lento de las cosechas, sufriendo los rigores del verano implacable, gozando la humedad del invierno que , como una oleada de sangre, revienta en las mazorcas del maíz, se condensa en miel en los tallos de las cañas y se convierte en una pulpa blanda y azucarada en las bayas del plátano (Caballero, 1964:163).

El hombre de Tipacoque ama su tierra, su rancho o estancia, ella tiene para el campesino una significación que el hombre de ciudad no comprendería; esta no es solo el pedazo de tierra donde se cultivan sus productos, es la razón de su existencia, su motivo para trabajar, es el punto de encuentro donde se establece la comunicación entre el hombre y la naturaleza.

Es muy religioso y expresa con fervor su devoción a la Virgen del Rosario de Chiquinquirá; en sus múltiples romerías o misas que se realizan en Tipacoque, desde los lugares más

apartados y desde los más ricos a los más pobres se reúnen por la carretera; grupos de feligreses con sus mejores atuendos, unos a pie y otros a caballo por la ruta empedrada que conduce hasta la imagen milagrosa: “Los hombres tienen la montera puesta y un bulto de papa a las costillas. Las mujeres llevan los críos a la espalda. A veces el sacristán da voces en los malos pasos a los promeseros de adelante, para que dejen paso franco a la mula del señor cura que va a cantar una Salve a Chiquinquirá” (Caballero, 1964: 116).

El aspecto religioso se caracteriza por mantener una unidad espiritual, los migrantes y feligreses de este tiempo compartían una fuerte formación religiosa asociada con imágenes en santuarios y procesiones apoyadas con una auténtica devoción que se complementaba con demandas y favores ante imágenes a las que se les atribuía poderes milagrosos. Estas expresiones en general se pueden observar en la configuración del relato, presentando a Tipacoque como una población rural con tradiciones y prácticas espirituales homogéneas donde la contemplación y el respeto por la Virgen, es el conducto religioso que conecta a todos los habitantes no sólo de la región sino del departamento de Boyacá, ya que se utiliza para transmitir valores, algo que es de vital importancia para la preservación de la fe, el respeto y la unidad familiar; la religión se presenta como una institución que socializa al hombre, definiéndole normas de conducta y comportamiento, rasgo distintivo y relevante en el ámbito campesino, que se conserva mediante los tradicionales sacramentos católicos, la oración, la ofrenda o el sacrificio, cuya eficacia esperada radica en el efecto mágico que produce, la reciprocidad de lo ofrecido, con lo que se pide o se anhela:

A la llegada del Arzobispo el sacristán de Tipacoque, que era un indio de malas pulgas, se hallaba excomulgado por haberle levantado mano violenta al padre capellán. El indio buen creyente y piadoso, no veía la hora en que se levantara la censura, por lo que corrió a postrarse ante el prelado a rogarle con muchas lágrimas que le reconciliara cuanto antes con la Iglesia. Él le explico las ceremonias terribles

y dolorosas que se habían de observar, a todo lo cual se sometió el indio con mucho ánimo. Pasada la ceremonia, la alegría lo llevó nuevamente ante el señor Mosquera a darle las gracias con un fervor que admiró al gran prelado; el cual aprovechó la ocasión para aconsejarle mucha paciencia y respeto por el sacerdote (Caballero, 1964: 247).

El hombre boyacense es religioso por tradición. Su sentimiento religioso expresa un conjunto de fe, devoción e ignorancia que se convierte en superstición y en ocasiones en fanatismos. Así como la Virgen de Chiquinquirá es la que hace los milagros, Santa Rita es la que trae la lluvia en el momento que más lo necesitan aunque su religiosidad no siempre está sustentada en la estricta y literal predicación católica, sino que se mantiene en ocasiones por leyendas o creencias populares.

2.5 Tradición agraria en Tipacoque

El autor realiza una pequeña descripción de la economía de finales del siglo XIX, en el ámbito agrario, donde las tierras que poseían sus abuelos habían sido adjudicadas desde 1600 y aunque hubo varios sistemas económicos, la omnipotencia territorial de su familia se reflejaba en la gran hacienda, que abarcaba una región completa, rodeada de minúsculas parcelas donde los empleados y arrendatarios sufrían una serie de castigos e injusticias que para aquel entonces eran normales.

A finales del siglo XIX el trapiche constituía el modelo empresarial colectivo por excelencia, en el se encontraba reunida gran parte de los obreros de la región quienes trabajaban extensas jornadas, sin derecho a revelarse porque eran castigados por el mayordomo de la hacienda. Como Tipacoque no era ni siquiera un corregimiento, por cuestiones de política existía un regidor nombrado por el alcalde de Soatá para que representara la justicia, pero en realidad la alta justicia la ejercían sus abuelos.

“Hasta fines del siglo pasado perduraba la “alfaquía”, que mi abuela abolió y consistía en una costumbre casi tan bárbara como el diezmo y la primicia que ya no existe tampoco” (Caballero, 1964:29). La alfaquía era un sistema que ocurría una vez al año: los patrones de la hacienda acompañados del regidor y los peones de la casa, iniciaban un recorrido por la región, recorrían todo el páramo hasta las montañas de Onzaga, para finalmente descender hasta las vegas del Chicamocha donde se encontraban las estancias y los trapiches de tierra caliente. A cada estanciero se le imponía el tributo de la alfaquía; esto indicaba que de cada diez animales se le quitaba uno para el patrón, contando los cerdos, las gallinas, las cabras y el ganado. Cuando la comitiva regresaba a la casa, después de un mes que era lo que duraba el recorrido por la región los galpones y las pesebreras quedaban atiborradas de animales.

Para Caballero Calderón resultaba incomprensible que los tipacoques aceptaran estos modelos institucionales como algo tan natural, legítimo e inexplicable como el verano o el invierno, cuando estaba de por medio el maltrato y el abuso de poder. Evidentemente la estructura agraria presente desde ese entonces presenta una desigualdad en la que la acumulación de capital y beneficios es para los propietarios del suelo, fenómeno que más adelante representaría la clase hegemónica ligada a los intereses capitalistas por medio de la producción y el comercio de sus productos, en donde el principal afectado siempre será el campesino quien por más que lo intente, no encontrará la forma de evadir el sistema ya sea en el siglo XIX o XX: “Bendito y alabado... Traemos a sumercé... Y le entregaban un pañuelo por las puntas entre cuyos repliegues mugrientos venía una docena de huevos, o unas cuantas naranjas, o, a veces, una “pollita mediana”, porque “con la jalta de agua, Ave maría purísima, las demás se me jloriaron de peste” (Caballero, 1964:30). Más tarde cuenta Marcos Lizarazo que el patrón da la orden: “Hay que arreglar el turno de las aguas en la

Vega... Y por lo que hace la viejita de los huevos- la que se roba el agua del vecino- que la pongan dos horas en el “muñequero”³ (Caballero, 1964: 32).

2.6 Representación del problema agrario en Tipacoque

Cuando nos referimos a una región en particular, estamos delimitando o restringiendo un espacio físico donde ocasionalmente imaginamos como se desarrolla la vida de sus habitantes. El lugar que delimitamos posee un contorno preciso, al punto de tornarse un espacio territorial específico como consecuencia de los hábitos o problemas de sus gentes. En el fondo lo que está en cuestión es la pérdida de identidad en diversos territorios, especialmente aquellos que componen el espacio rural en Colombia, cuyas raíces sociales y culturales están estrechamente ligadas al terreno en el cual florecen. Este detrimento de identidad es consecuencia del desarraigo al que ha sido sometido el campesino, abandonando el campo para trabajar en la ciudad, y no porque éste haya sido siempre su deseo, sino porque como lo afirmaba Caballero Calderón, refiriéndose a las regiones de Boyacá y Santander: “la política ha hecho que la vida sea más dura en estas tierras” (1963:140).

Orlando Fals Borda definía al campesinado como un conjunto de clases sociales con cuya fuerza de trabajo hacían producir la tierra de manera directa, estableciendo formas directas de producción (1982:65). Hay que tener en cuenta que su mentalidad fue cambiando con el tiempo y que sus inicios estaban fundamentados en la satisfacción básica de poder trabajar la tierra y cubrir sus necesidades básicas, pero de acuerdo a la función social y económica

³ El muñequero era una viga horizontal de diez perforaciones, sostenida en los extremos por dos vigas ancladas en tierra, donde el castigado quedaba en cuclillas con los brazos atados por las muñecas entre los hoyos de la viga (Caballero, 1964: 28).

que fue adquiriendo ésta, el gobierno y sus reformas históricas se han convertido en el mayor problema para las zonas rurales en Colombia.

Como hemos visto, Eduardo Caballero Calderón vivió de cerca la historia de los campesinos de su región, plasmando desde sus inicios literarios no solo la cultura de sus habitantes; también de una manera muy particular dejó ver la influencia social y burocrática sin dejar de exaltar el paisaje rural, que poco a poco iba siendo víctima de la política, la modernidad y la violencia que traían consigo los nuevos tiempos.

Tipacoque y Diario de Tipacoque retratan las injusticias y carencias de las que fue objeto el campesino, durante el proceso histórico que vivió desde cuando Tipacoque solo era una hacienda; los procesos latifundistas, las fuerzas sociales, las ideologías y los objetivos estratégicos de desarrollo que fueron marcando insuficiencias y limitaciones en el sector agrícola, hasta el momento en que la industria trató de implementarse en el municipio con la instalación del primer trapiche mecánico. Estos libros son el punto de reflexión del escritor para presentar su posición crítica, ante las inequidades que ha sufrido el campesino boyacense a raíz de los sistemas y cambios experimentados a través del tiempo.

El escritor enmarca los inicios del proceso agrícola en Tipacoque, desde el proceso mercantil simple con el cultivo de la caña de azúcar, los productos que se derivan de ella, los sistemas sociales, culturales y económicos que predominaron desde el siglo XIX y comienzos del siglo XX. En estos libros la noción de reforma agraria no existe en el imaginario campesino, ya que éste se ha ido adaptando a las condiciones tradicionales e históricas del sistema rural, soportando cualquier condición que le sea impuesta al momento de trabajar la tierra; esta pasividad y resignación ha sido una constante en la

historia del hombre de campo según expresa Eduardo Caballero Calderón, motivo por el que el escritor habla con, y en defensa de los campesinos, exponiendo los problemas que han padecido con el transcurrir de los años.

Los textos son un llamado al sistema político para que tome conciencia del subdesarrollo y la explotación a la que vive sometido el hombre que trabaja la tierra; frente a esto se puede observar el deseo del autor para que el gobierno adopte un avanzado programa de reforma agraria que haga justicia y resuelva las dificultades que padecen los habitantes de la región y puedan llegar a superar la pobreza, la ignorancia y enfrentar una lucha equitativa ante el desarrollo económico e industrial que presenta la sociedad a comienzos del siglo XX.

2.7 El campo, víctima de la modernidad

Como señala Beriain, la apertura geográfica del globo y el descubrimiento de nuevas zonas geográficas conllevó a una diversidad de niveles culturales. “El progreso es una significación imaginaria que es apropiada de forma asimétrica por diferentes colectivos a nivel planetario, así como también aquellos catalogados como “atrasados”, “subdesarrollados”, “bárbaros”, etc. participan en el nuevo mito del progreso (1996:20).

Caballero Calderón deja ver en sus libros *Tipacoque* y *Diario de Tipacoque* los problemas que trajo consigo la modernidad para el campo. En sus inicios este fenómeno alcanzó a afectar la producción de azúcar, una fabricación que se realizó de manera rudimentaria hasta comienzos del siglo XX, mediante un molino que arreaban animales para moler caña de azúcar y poder extraer el jugo que servía de endulzante desde épocas remotas a toda la nación. Este instrumento aun, hoy en día se conoce con el nombre de trapiche, aunque desde el siglo pasado ya no se utilizan animales, debido a que la industrialización llegó,

suprimiendo no solo a los bueyes que hacían girar al molino, sino que también redujo la mano de obra campesina por considerarse innecesaria ante la llegada de la máquina. Según recuerda Marcos Lizarazo, un Tipacoque jefe de trapiche que en ese entonces tenía a su cargo la vigilancia de la planta, él fue testigo de la llegada del trapiche mecánico como proceso de reforma e industrialización, que trajo consigo el presidente de ese entonces, el General Rafael Reyes (1904-1909). El campesino recuerda como, mientras se hacía el montaje del nuevo y moderno artefacto se tuvo que emplear cientos de peones que terminaron lesionados en su avanzada por los viejos y duros caminos de la montaña que conducían hasta la finca del patrón, cargando las inmensas calderas que los dejarían sin trabajo.

Con el nuevo invento no solo se fue desplazando a los jornaleros, el deterioro del paisaje para el funcionamiento de la nueva fábrica también fue inminente: “Yo alcancé a ver allí una palmera de dátil que quedaba allí y daba una gracia oriental a ese paisaje brusco de farallones y despeñaderos donde crecen los cactus y saltan libremente las cabras. Se construyó una pesada edificación de ladrillo apoyada sobre gruesas columnas (Caballero, 1964: 25).

Lo irónico del asunto es que cuando se instaló la planta de fabricación, los cohetes reventaron y se formó una gran fiesta. Posteriormente comprobarían que todo el mal provenía de la caldera, que era como llamaban al nuevo trapiche que funcionó muchos años después de instalado, problema a causa de la inocencia del campesino que intentó ir al ritmo de la modernidad y la astucia del ciudadano quién terminaría monopolizando la producción:

Pero verá sumercé, me dice... Aquello se fue en mera hojarasca...
La caldera hervía, pitaba, retemblaba la maroma donde la tenían encaramada; pero el trapiche como si tal cosa. Nada: que aquello no pudo funcionar nunca.
¡Dicen que jaltó una tuerca! (Caballero, 1964:25).

Cada población constituye a manera de recuerdos la historia de su universo. Su aislamiento encierra las experiencias del conjunto de sus habitantes antes de que llegara la mano de obra exterior. El hombre de campo revive la tradición a través de su razonamiento y experiencia, mientras su vida se desarrolla en el seno de un subsistema económico político y cultural, ya que se encuentran aislados de la dinámica social, estas manifestaciones representan un tipo de formación cultural reveladora del pasado. Su autenticidad está asegurada por la distancia que las separa de la vida moderna, por lo tanto la tarea del escritor en este aspecto es atravesar toda clase de límites económicos y culturales para poder revelar la profundidad de los tesoros rurales que se han ido perdiendo:

Si Marcos pensara en la humanidad, diría que la humanidad es como un trapiche. Pero un trapiche genuino, de mazas de piedra, lanza de madera, yunta de bueyes, pailas de cobre remendado y pellejos donde el trapichero logra sisar un poco de caldo, para destilar luego en un alambique tosco, entre unas matas y al abrigo de la persecución oficial, su aguardiente de olla. Pero Marcos Lizarazo no piensa en nada. Sueña, envuelto en el vaho dulce y caliente que sube perezosamente de los fondos. La miel hace inmensas burbujas que revientan con un ruido sordo (Caballero, 1964:26).

Diez años después en *Diario de Tipacoque*, Caballero Calderón denuncia que el problema de la modernidad viene acompañado de uno económico. El precio del dulce fue bajando considerablemente en Soatá a consecuencia de la panela que llegaba del interior; presenta unas características de calidad que el campesino no podría explicar técnicamente, pero que son evidentes de acuerdo a su experiencia y sabiduría. El hombre de campo comprende su desventaja ante los grandes emporios económicos de la capital, cuya tecnificación logra

fabricar con menos gente y menos tiempo, un producto más económico y atractivo para el mismo habitante de la región:

Verdá que es más grande y menos morenita que esta de Tipacoque, aunque no tan dulce, pero es que asina no es gracia, sumercé: jigúrese que la jagrican con electricidá y no a punta de bueyes, como nosotros...

- Y a la caña la cultivan con abonos importados del Perú, dije yo; y el gobierno, que no se ha acomedido a prestarnos el dinero para hacer el túnel de la quebrada de los Micos, está regando de balde los llanos del Tolima...
- ¿No le digo?
- Además preparan la tierra y cortan la caña y la benefician con tractores y máquinas importadas (Caballero, 1964:157).

Como se puede observar, el escritor denuncia que la máquina terminará por derrotar a los tipacoques y además del aspecto económico, la configuración geográfica es otro atenuante para que la modernidad sea un proceso tardío en la región. El campesino se ve obligado a buscar otras alternativas para trabajar la tierra olvidándose de su tradicional cultivo y proceso de la caña. De esta situación se deduce que los elementos del desarrollo entran en conflicto con el campo, porque es esta región la que no puede acceder fácilmente a los beneficios, y su desarrollo se detendrá hasta que el gobierno decida integrar y conectar todas las regiones en la vía del progreso. El tipacoque expresa su inconformidad por el olvido del gobierno ante el deterioro de su identidad productiva; el interior del país solo los tiene en cuenta para reclutarlos como soldados y para cobrar impuestos, obligándolos a terminar con el cultivo de la caña para aventurarse con otras siembras que permitan el sostenimiento de su economía, mientras no inventen otro artefacto que también impida que se realice la agricultura con las manos.

El autor presenta cómo, la articulación entre la economía nacional y las sociedades dominantes está definida por nexos mercantiles, que penalizan al campesino de una región apartada y casi incomunicada, por el atraso que presentan sus tradicionales estructuras

productivas, distantes del capitalismo. Las nuevas formas de producción permiten adquirir materias primas o insumos alimenticios más económicos, contribuyendo así con el establecimiento de mejores condiciones de explotación en las regiones centrales, reduciendo la cantidad y el costo de la mano de obra.

La preocupación del autor por su pueblo fue constante, siempre se mostró indignado ante los cambios que producían los nuevos tiempos, para él no estaba en mente que alguien quisiera descristianizar a los tipacoques, que les cambiaran su sabroso y castizo español, ni mucho menos que los sacaran por la fuerza física o ideológica, del paraíso que ofrecía el Cañón del Chicamocha y se los llevaran a trabajar a las grandes y modernas ciudades. Para Caballero Calderón la patria eran cuatro cosas fundamentales en las que debía sostenerse la identidad y el honor de un hombre, como los cuatro pilares que sostenían su casa: la religión, la lengua, la tierra y la libertad. “Sin libertad la vida es changua sin sal y mazamorra sin habas” (1964:280).

3. *Siervo sin tierra*, representación del problema agrario

La figura histórica del campesino colombiano ha estado marcada por grandes desigualdades, evidenciadas en los profundos cambios que se han generado en las estructuras económicas y sociales del país. Colombia basó su economía en la agricultura, teniendo en cuenta que la mayor parte de la población del país a comienzos del siglo XX era rural. El éxodo de los campesinos y el crecimiento acelerado de las ciudades expresaron la crisis agraria que vivía el país en épocas de violencia, dejando ver que los cambios sociales, económicos y políticos más trascendentales se originaron en primera instancia en la ciudad y posteriormente se manifestaron en el ámbito rural.

Eduardo Caballero Calderón, cuya obra es conocida por retratar la violencia y las desigualdades sociales en nuestro país, desde sus vivencias y percepciones personales; presentó en el año de 1955 *Siervo sin tierra*, novela realista e inquietante en la que exterioriza una considerada caracterización de la sociedad campesina, al norte de Boyacá durante la primera mitad del XX. Mediante sus protagonistas ilustra el realismo socioeconómico de la nación, donde el proceso diacrónico está acompañado de la relevancia que presentó el problema agrario, un inconveniente histórico impulsado por la relación tierra – hombre, y en el que a pesar de las evidentes injusticias y atropellos contra los individuos que trabajan la tierra, no se presenta una conciencia gubernamental que adelante una reforma agraria integral en beneficio del campesinado.

Las clases políticas y financieras dentro de la novela, no comprenden la urgencia que existe en estas regiones porque se desarrolle una justicia social y económica. La gran concentración de tierra está relacionada con la baja productividad, una precaria inversión,

falta de técnica y la apropiación de tierras con discernimiento quimérico que van a la par con la vida miserable del campesino, dando lugar a la concentración de la violencia en Boyacá, debido a la ausencia de una justa y correcta explotación y apropiación de la tierra para quien la trabaja; motivo por el cual si bien la novela presenta gran cantidad de problemas que desencadenarían en extensos análisis y estudios, antropológicos, históricos o literarios; solo nos detendremos en los aspectos estéticos, económicos, políticos y sociales, presentes en *Siervo sin tierra*, considerando que son estos los que reflejan la frustración del campesinado frente al sistema agrario, objetivo principal de este estudio, teniendo como referencia a Siervo Joya, protagonista de la historia.

3.1 Siervo Joya, estética social del campesino boyacense

Es clara la diferencia de la gente del campo con el habitante de la ciudad, por tal motivo el autor se dio a la tarea de analizar y observar su problemática social, económica y política, estableciendo una imagen clara de la auténtica y profunda realidad campesina, teniendo presente que en Colombia no existían más que vagas ideas literarias acerca de un personaje ceñido a la organización social y económica de la nación, pero que lamentablemente no se le ha otorgado la importancia y el protagonismo merecidos.

Siervo Joya, protagonista de la novela, es la representación real del habitante que vive y muere por su tierra con una marcada desigualdad de condiciones, haciendo olvidar al ciudadano la ingenua creencia de que el campo es un mundo feliz y privilegiado, donde la raza campesina construye fácilmente un porvenir por medio de su trabajo. Esta es una realidad nacional en la cual el gobierno no toma acción alguna, por lo tanto estos problemas escapan de la voluntad y comprensión de aquellos que se encuentran distantes de las zonas

rurales, reduciendo al campesino a un verdadero estado de olvido y carencia material e intelectual que le permita subsistir o proyectarse hacia un futuro que le beneficie.

Eduardo Caballero Calderón nos presenta un personaje muy particular, impregnado de una serie de características que lo hacen único, empezando desde su propio nombre, “Siervo” cuya palabra proviene del latín “*servus*” que significa esclavo, servidor (Corominas, 1967:535).⁴

El aspecto etimológico viene acompañado a su vez de una carga semántica que identifica al personaje que el lector va descubriendo como un hombre atrasado en el tiempo, con el que no se puede mantener un diálogo coherente y racional como con el hombre de ciudad; hay una sensible diferencia de velocidades mentales, culturales y económicas que impiden que Siervo Joya esté a la altura de la situación, y se pierda en el mundo de leyes urbanas que no comprende, aspecto que se identifica claramente a través de los diálogos que presenta el personaje:

- ¿Eres recluta?
- Delos que cargan el agua para los servicios de los oficiales y limpian las pesebreras de sus caballos. Nunca tuve sentido para otra cosa. Menos mal que en el último año mi capitán me mando a la caballeriza, a cuidarle sus rangas... Vos, me decía, vos solo servís para los animales... Al que entre la miel anda, le contestaba yo... Porque nací y me crie entre cabras, puercos, perros, gallinas y mi mama.
- Y ella ¿Cómo se llamaba?
- Sierva... Sierva Joya, para servirle a sumercé (Caballero, 1964:304).

⁴ Su carácter etimológico cambió con el tiempo ya que muchas palabras de origen latino que contenían una (e) en la primera sílaba como el caso de *servus* transformaron esa (e) en (ie) cuando pasaron al castellano como es el caso no solo de siervo sino también de otras: certus-cierto, herba-hierba, sexta-siesta, tempus-tiempo, etc. El cambio de las (us) final en las palabras latinas como el caso de *servus* se cambió por la (o) en castellano, esta terminación se dio en términos generales como por ejemplo en: campus-campo, certus-cierto, obvius-obvio, etc. (Corominas, 1986: 243-244).

El nombre “Siervo” infiere una herencia de problemas sociales económicos e ideológicos a través del tiempo, manteniendo el respeto y reverencia por el ciudadano que visita el campo, los patrones intelectuales han sido transmitidos y acatados de tal forma que sería impensable romper la brecha histórica y cultural en pleno siglo XX, deduciendo que el campesino continúa siendo un siervo medieval cuyo analfabetismo e ignorancia son la realidad que evidencia el agro Boyacense. La docilidad del personaje proviene de la adaptación del hombre para fundirse con otras razas y aceptar rápidamente, costumbres, leyes y religión que han ido transformando su cultura. Esa resignación para someterse, mezclarse y adaptarse, en un tiempo se originó a causa de su debilidad física, pero esta fue permeando su desarrollo intelectual, lo que dio pie a que continuara el sometimiento ante la cultura del más fuerte.

Al comienzo de la novela se expone el choque cultural entre el protagonista y un hábil embustero vendedor de menjurjes y medicinas, que se hace pasar por hermano del ministro de hacienda y quien según él, tiene el cuño para fabricar dinero como el que produce el gobierno por un bajo precio, obteniendo gran ganancia aquel que quiera entrar en el negocio invirtiendo un capital. Siervo es fácilmente engañado como sucederá a lo largo de la novela debido a su falta de astucia y a su marcada ignorancia, ingenuidad y reverencia ante aquellos personajes que presentan tan solo una imagen diferente a la que él posee, la imagen del ciudadano como representación del engaño al que es sometido el hombre de campo: “Es un doctor que se pone ropa de paño y anda con botas y tiene una conversa muy fina” (Caballero, 1964:337).

Siervo Joya es una persona que siempre estará sometida a cualquier modelo autoritario, no piensa en otro medio de conservación y superación que el de servir, ser leal a sus amos y al

partido liberal, grupo político al que pertenece más por herencia, que por propio discernimiento y convicción: “Yo soy liberal porque así me criaron, y esa es la verdad; y como me llamo Siervo que moriré en mi ley” (Caballero, 1964:400).

La Vega del Chicamocha sitio donde nace vive y muere Siervo, es el escenario real de dos culturas que se fundieron con el tiempo y que fueron separadas por los límites geográficos enmarcando los departamentos de Boyacá y Santander, determinando la personalidad de Siervo Joya. Es común escuchar a lo largo de la novela expresiones santandereanas y boyacenses como: “mano” “mana” “sumercé”, cuando se dirige a una autoridad, compañero, amigo o esposa; su pobreza y rústico empleo del lenguaje es algo que trasciende en el tiempo, su peculiar acento regional y sus locuciones vernáculas, van acompañadas de ciertos ademanes que lo identifican y difícilmente abandonaría aun si se instalara en la capital, como muchos de sus coterráneos.

Boyacá comienza donde termina Cundinamarca, y Santander donde termina Boyacá, allí se encuentra el municipio de Tipacoque y la tan anhelada Vega del Chicamocha de Siervo Joya, que se contrasta entre los helados páramos boyacenses y las áridas y calurosas montañas santandereanas, definiendo la mezcla de cultura, expresiones y ademanes del protagonista, áspero e individualista, orgulloso de su tierra en la que sueña trabajar aunque sea en soledad, lo que le impide penetrar en actividades que le permitan expandirse económicamente. Su timidez y ensimismamiento, propias del boyacense, permiten que se conserven las reverencias espirituales y gubernamentales en lo profundo de sus entrañas:

Por el atrio paseaban el alcalde y el cacique del pueblo con la maestra y la telegrafista. Siervo los miraba como a los santos de bulto de la iglesia: como a seres de una especie distinta de la que mi Dios quiso amasar con la greda amarilla y tosca del Chicamocha. Eran ángeles que gozaban en esta vida de ropa limpia, casa se teja,

tierra bien regada y una pistola al cinto que él no podría llevar sino en el cielo (Caballero, 1964:316).

Siervo siempre estuvo ligado al campo, apenas pudo caminar lo mandaron a cuidar cabras, su única vestimenta era una camisa mugrienta que le llegaba hasta el ombligo, y cuando tuvo diez o doce años no pudo entrar a la escuela, pues lo mandaron a trabajar con los peones hasta curtirse físicamente, convirtiéndose en el pobre indio, ignorante y maltratado por la vida, aspectos que se hacen evidente en el transcurso de la novela. Desde que tuvo uso de razón trabajó la tierra y los años pasaron sin comprender porque no lograba obtener una cuarta de tierra donde caerse muerto, formando parte de aquellos que se conocen como los “sin tierra”.

3.2 La función política y arbitraria de los administradores de la tierra

La novela nos presenta el panorama de la hacienda “Peña Morada” donde Siervo Joya tiene su arriendo, es administrada por don Ramírez, Cacique liberal y amigo de Floro Dueñas, campesino que se convirtió en propietario de algunas tierras; ambos son figuras predominantes e influyentes en el destino de la región, apoyando la causa del partido político liberal; Floro Dueñas es hombre de mediana edad, ojos hundidos, escaso bigote, pómulos pronunciados y dos dientes forrados en oro; su vestimenta al igual que la de don Ramírez, difiere de la del campesino corriente; camisa de buena clase y calza alpargatas santandereanas de suela de cuero. Ambos son personas poco deseables en cuanto al manejo de la hacienda y el trato con los empleados; en sus diálogos y expresiones corporales, se evidencia el poder y la autoridad que ejercen en el destino de los campesinos, particularmente cuando tienen en frente al pobre Siervo Joya a quien miran con tedio e ignoran sus quejas. Floro Dueñas negoció las tierras con los patrones, los dueños de la

región, aquellos que en contadas ocasiones tienen contacto directo con los trabajadores rurales, a menos que se trate de algo importante para cuidar sus intereses, porque las quejas del campesino son ignoradas por todos en general: “Mirándolo como si no lo viera, o simplemente sin mirarlo, el patrón le decía con fastidio: - Después hablaremos de tu asunto, Siervo. Ahora tengo que conversar algo con Floro” (Caballero, 1964:346).

Los problemas del campesino son dirigidos en primera instancia a don Ramírez, figura inicial de respeto, que va tornándose en resentimiento por parte de algunos campesinos, quienes no encuentran apoyo, sino por el contrario, es él quien constantemente vulnera sus derechos. Él es juez y jurado en las labores rutinarias de trabajo donde no existe una política equitativa que asegure la reivindicación de las justificadas solicitudes de los campesinos: salarios justos, derecho al agua, horario de trabajo, límites del arriendo con sus vecinos y un trato justo y digno para todo ser humano. Debido a su poder y aunque es el terrateniente quien establece la política general de producción, el trato que da el administrador a sus hombres es severo y arbitrario; por lo tanto, este hombre se convierte en una figura fundamental para el terrateniente, contribuyendo a la estabilidad y fortalecimiento de la estructura de poder que se ha implantado, ocasionando que el trabajador rural abandone el campo para dedicarse a labores diferentes a las agrícolas, empleándose en las nacientes compañías industriales o emigrando a la ciudad, ya que no encuentra una solución para sus problemas.

3.3 Problema agrario en *Siervo sin tierra*

El problema agrario, históricamente se presenta en la novela, desde inicios hasta mediados del siglo XX, en ese momento el país se proyecta hacía un desarrollo capitalista a nivel nacional, esto es lo que se denominaba como: “una economía mercantil simple, estructurada sobre la actividad de productores independientes o de trabajadores directos, sujetos a relaciones precapitalistas” (Moncayo, 1986: 85). La articulación de esta economía con las sociedades dominantes, está determinada por los lazos mercantiles que presentan una marcada desigualdad de beneficios, dividida en latifundios semiexplotados, mediante campesinos que escasamente pueden atender sus necesidades básicas de subsistencia.

Siervo Joya es la representación del campesino que ama su minifundio⁵ en la Vega del Chicamocha, a pesar de la geografía áspera y estéril, lo que algunos consideran inútil para el trabajo, ya que esto conlleva a una exigua producción agrícola; sin embargo, él está dispuesto a morir por obtener un pedazo de tierra, su instinto de propiedad lo mantiene vivo y lo satisface mientras cree que existe un camino para lograrlo; y aunque en la mayoría de ocasiones tiende a aplacarse con la resignación rutinaria del sistema social, político y económico que lo alejan de su sueño, su deseo se renueva y se alimenta con la ingenuidad de un niño al que se le otorgará un premio, consecuencia de su trabajo y honestidad, situación que se tornará imposible, ya que en este caso la tierra no es una bendición común a la cual tienen derecho todos los habitantes de la región, en especial Siervo Joya quien a lo largo de la novela se pregunta constantemente:

⁵ Minifundio en palabras de Feder, es entendido como la propiedad rural que tiene tierra insuficiente para satisfacer las necesidades mínimas de una familia o permitir la utilización de su trabajo durante todo el año (1972:2).

¿Es cierto que los patrones van a repartir la tierra?- se aventuraba a preguntar a los peones que volvían del monte, cargados de leña. El maestro Sabogal, el carpintero, que cepillaba unas tablas en el banco de trabajo que había en el corredor, le decía:

- Pregúntele a don Ramírez mano Siervo. Yo no sé nada. Como repartirla... ¡Eso qué! Los patrones no reparten sus tierras así no más: es caso que no se ha visto (Caballero, 1964:343).

Como se puede observar el principal problema del campesino es la tenencia de tierra, la idea de sentirse dueño de aquello por lo que ha trabajado, está íntimamente relacionado con la supervivencia; por esta razón la posesión de la tierra se encuentra ligada con la estructura personal y política, en una sociedad donde su base productiva recae en la labor agraria. La situación presentada en la novela es una clara muestra de la influencia del hombre para que la tierra no sea un beneficio colectivo sino individual, donde el rasgo principal es una sociedad campesina que continúa esclavizada y presenta un bajo nivel de vida, ante aquellos pocos que poseen grandes extensiones de tierra.

La narración evidencia no sólo el precario nivel de vida, sino también la corrupción de los partidos políticos tradicionales de ese entonces, donde las costumbres liberales o conservadoras generan un clima de malestar y desorganización, imponiendo una lucha de clases donde las inferiores son las más debilitadas física y económicamente, induciéndolas en un futuro a un grado máximo de intolerancia, ocasionando reacciones violentas y destructivas al sentirse explotadas o engañadas, cuando a sus problemas les presentan soluciones que no resultan ser más que un alivio psicológico y no auténtico.

3.4 Siervo Joya ante la sociedad y el despotismo económico

El sistema económico expuesto en la novela está conformado por un modelo de proposiciones lógicas de producción, que el campesino asume ante los mecanismos impuestos por quienes tienen el poder, en este caso los grandes terratenientes. Caballero

Calderón nos presenta un sistema rural aparentemente anacrónico, pero que sin duda es la realidad que tuvo que enfrentar el campesino boyacense después de la sociedad esclavista.

Gonzalo Sánchez en, *Las ligas campesinas en Colombia* (1977) relata que hacía los años veinte se encontraba una compleja forma de trabajo a través del sistema del arriendo precapitalista en varias regiones productivas del país, en este caso, la región de Boyacá, presentaba la economía campesina de subsistencia y la de medianos propietarios, productores para el mercado interno. Este y otros modelos variaban de acuerdo a la región y a la producción, su semejanza radicaba en que eran los propietarios de las haciendas quienes resultaban principalmente beneficiados. El sistema generalmente consistía en aprovechar la mano de obra de los arrendatarios; el dueño de la hacienda arrendaba una parcela a un trabajador cualquiera y este pagaba el arriendo con trabajo o dinero, así como también en ocasiones el trabajo del campesino se pagaba en dinero o alimentación, lo que generó que este sistema en un futuro se volviera obsoleto, se presentara la inconformidad del campesino y se originaran crisis en el ámbito rural, ocasionando una lucha por las grandes extensiones de tierra que pertenecían a un solo dueño; esto se conocía como latifundio.

El régimen mercantil que presenta la novela es anterior a la abolición del latifundio, y aunque se basa en el modelo de la hacienda presentado en Colombia, el personaje y la situación que describe el autor remite a la vieja producción feudal o señorial, cuyas bases principales radicaban en una economía fundamentalmente agraria. La existencia de grandes propiedades territoriales en manos de unos pocos, a quienes Siervo Joya se refiere con el apelativo de patrón, amo o con un apócope... de señor “ñor”; se observa una abundante masa de campesinos llamados peones, bajo la dependencia de los señores o arrendatarios de

las tierras, quienes del trabajo de la población rural han ido estableciendo una jerarquía, situándose lejos de la construcción de una sociedad igualitaria. Las marcadas diferencias de poder, fortuna y prestigio establecen entre los habitantes de la región diferencias abismales, torpemente apoyadas por los campesinos mediante su trabajo mal remunerado, y las pésimas condiciones que ofrece el modo de producción, que está en estrecha conexión con aspectos jurídicos, políticos e ideológicos del sistema.

No obstante, al inicio de la narración se presentan los primeros avances de la modernidad como lo son el transporte en autobús, automóvil, tren o avión, causa del éxodo de muchos campesinos a las ciudades; sin embargo, al igual que Siervo Joya hay campesinos que se muestran ajenos, a lo que muchos llaman el progreso, la tecnología: “A medida que va llegando la carretera, la gente se va dañando, mano Siervo. Yo no me explico ese afán de la gente por andar en ruedas” (Caballero, 1964:332). En su mente el único progreso posible se encuentra en la tierra, el comportamiento del protagonista frente al terreno que sueña, define su arraigo, la historia del campesino se confunde con la domesticación ante el sistema, la utilización y el aprovechamiento de la tierra, aun en las etapas iniciales de una civilización, que trae consigo nuevas formas de trabajo. Siervo Joya mantiene su modo de producción primitiva, donde se limita únicamente a recoger los frutos que generosamente le entrega la tierra de forma periódica y natural, su amor por la tierra dista de la codicia de sus amos o patronos, su mayor ambición es comprar la pequeña propiedad que se encuentra en la Vega del Chicamocha; la estancia que él mismo bautizó como “El bosque” y que su difunta madre trabajó hasta morir; es el lugar al que se aferra el campesino, que como el mismo Caballero Calderón definiría:

Es la tierra donde el hombre “se está”, donde puede estarse y quedarse y permanecer indefinidamente, siguiendo el ritmo lento de las cosechas, sufriendo los rigores del verano implacable, gozando la humedad del invierno que, como una oleada de sangre, revienta en las mazorcas del maíz, se condensa en miel en los tallos de las cañas y se convierte en una pulpa blanda y azucarada en las bayas del plátano (1963:163).

Siervo Joya después de instalarse en su pequeño terreno debe aceptar las condiciones impuestas por el propietario, quién exige como pago por el arriendo: cuatro jornales en el mes, que deberá pagar en los primeros días de la segunda semana, además de sembrar principalmente maíz, del que entregará la mitad a su arrendador; no tiene derecho a sembrar tabaco y el beneficio del agua para la cosecha debe pagarlo con otros cuatro días de jornal, de este modo sólo le quedan tres semanas libres para dedicarlas a su beneficio, el trabajo de labrar la tierra lo realiza con una vieja pica o con sus propias manos, ya que su pobreza le impide tener al menos un buey para que le ayude con el trabajo.

- Me dieron el parchecito de tierra en arriendo, por cuatro jornales en el mes, que pagaré en los primeros días de la segunda semana.
- ¿Y no podremos sembrar tabaco para nosotros? ¿No les dijo que quería sembrarlo?
- Dicen que no se puede. Quieren que siembre este maíz que me dieron y la mitad será para la hacienda (Caballero, 1964: 338).

El arriendo que toma Siervo Joya para su economía tiene referencia de ser malo para el cultivo; sin embargo, él argumenta que ahí nació, que no hay tierra mala, que toda la tierra sirve, mientras el hombre la trabaje. A pesar de la ignorancia reflejada por el personaje en cuanto a trámites y negociaciones, se evidencia su sabiduría cuando está frente a los linderos que enmarcan su espacio: “¡Virgen Santísima! ¡Qué bendición de tierra! Y destripó un terrón entre los dedos. Ya falta poquito para llegar al cuartillo donde está mi rancho...” (Caballero, 1964:325).

Comprende desde la verificación de sus límites prácticos, la calidad de la tierra con solo palpar un terrón entre sus manos, no se confía en las referencias de la gente sobre un terreno que él mismo ha trabajado; eso sí, se percata de las cosas más fundamentales para poner a producir su tierra, en especial el agua, ya que sin ella la tierra no vale nada. Luego razonará sobre lo que puede sembrar en su parcela de acuerdo al “temperamento” de la tierra, lo que los ciudadanos llaman clima. Lamentablemente en oposición al conocimiento, al amor por la tierra y las ganas de trabajar, se presentan una serie de problemas sociales, políticos y económicos que condenan al trabajador campesino, al inminente fracaso que tanto le ha costado comprender y solucionar a la nación a través del tiempo:

- Es que yo quiero comprar el pedacito de tierra...
Al administrador le daba risa.
- Si sus mercedes me dejaran sembrar tabaco en vez de esos palitos de maíz que no producen nada, en dos cosechas tendría reunidos los cuartillos para comprarles el arriendo.
- Eso no es posible. Se necesita que alguien siembre maíz para la mazamorra de los jornaleros de la vega (Caballero, 1964:343).

Se evidencia en el campesino una posición de negociación muy débil, resultado de la necesidad de subsistir y del bajo precio de la mano de obra de los trabajadores que no poseen tierra y aun anhelan ser propietarios, recibiendo por su trabajo bajos precios en efectivo o en especie:

- Dile a Silvestra que te entregue el maíz y unas panelas.
- Dios se lo pague. ¿Y cuánto le quedamos debiendo?
- Me están haciendo falta peones, porque todos se quieren ir a trabajar a la carretera. Siervo puede venir tres noches a arrear los bueyes del trapiche. Con eso quedaremos en paz (Caballero, 1964: 328).

Los hacendados desarrollaron toda una especie de mecanismos y estrategias, de manera que la estructura económica, social y política siempre va estar en contra del campesino, cuando trata de obtener mayor poder de negociación, libertad o participación política, dejando claro

que el problema radica en el mismo hombre, el terrateniente, patrón, amo, señor o cualquier figura autoritaria con posesión de tierra; cualquiera de estos personajes es sinónimo de tiranía, sin correr el riesgo de un castigo o perjuicio que afecte su situación económica. Se demuestra que las condiciones de trabajo, salarios, horarios, vivienda y todas las necesidades del campesino están determinadas por el terrateniente. La pequeña élite rural es la principal beneficiaria y no pretende que esto cambie, pues su interés y beneficio radica en mantener subordinado al campesino, sin imaginar que la situación puede ser un detonante que desencadene invasiones de tierra o levantamientos campesinos.

No se puede negar que el latifundismo es un sistema de opresión y arbitrariedad donde la pequeña oligarquía de hacendados somete al campesino que vive y trabaja en las tierras que éste les ha arrendado, generando a largo plazo, un fuerte descontento que se propaga por toda la población rural, creando resentimiento e incluso rebelión, abandonando la tierra para emplearse en otro oficio con el ánimo de mejorar su situación económica, ya que este sistema no les deja otra salida; la tenencia de tierra crea un monopolio sobre ella, lo que impide un cambio de las condiciones sociales, especialmente de la gran población campesina, lo cual sugiere, que se hace necesario crear una reforma orientada a cambiar las estructuras nocivas para el trabajador rural.

3.5 Utopía agraria para Siervo Joya

Otto Morales Benítez, Ministro de Agricultura entre 1960 y 1961, asegura que una Reforma Agraria: “busca esencialmente alcanzar un desarrollo económico armónico: de tal manera que la producción agropecuaria provea de alimentos a la masa humana, de materias primas a la industria y que los productos industriales tengan en los campesinos seguros

consumidores” (1962:23). Este era el sueño de Siervo Joya, una fantasía que no pudo contemplar ya que su vida se extinguió, antes de ver: asistencia técnica, educación, posibilidades crediticias y el elemento fundamental, la modificación y facilidad para la adquisición de tierra. La vida del personaje transcurrió observando cambios de gobierno entre liberales y conservadores que no le prestaron la menor atención. Cuando la expresión “Reforma Agraria” no existía; transcurría el gobierno del presidente Enrique Olaya Herrera (1930-1934) quién fundó la Caja de Crédito Agrario Industrial y Minero en 1931, dando paso a la formulación de una ley de reforma agraria que culminó con la expedición de la Ley 200 de 1936 bajo la primera administración López Pumarejo, basándose en la función social de la propiedad, algo que no fue más que un consuelo anímico para Siervo Joya en ambas ocasiones; sin embargo, él puso toda la fe del caso junto a su esposa, esperando que este funcionario si le hiciera el milagro de otorgarle un terreno, bautizando a su hijastro con el nombre de Olaya Cetina: “En recuerdo del Presidente de la República cuya imagen, recortada de un periódico viejo, junto con una estampa de Nuestra Señora de Chiquinquirá, adornaba la puerta del rancho de los Joyas” (Caballero, 1964:352).

Siervo Joya, liberal de nacimiento, distinguió cómo la hegemonía conservadora (1886-1930) terminaba y surgía una nueva esperanza, el gobierno liberal que según como lo anunciaban sus patrones, cambiaría la vida para todos. Era lógico para el ingenuo campesino, que con su partido político de turno en el poder, la mentalidad del presidente y del país en general evolucionara, con un nuevo planteamiento económico y social en torno al problema agrario. Sin embargo, era cierto que las cosas cambiarían un poco, pero no para beneficio propio del campesino pobre e ignorante. Después de los años treinta cuando se

inició la parcelación⁶ de las tierras continuaron los impedimentos; la pretensión de obtener un préstamo por medio de la Caja Agraria al igual que años anteriores, con la Caja de Crédito, se hacía más imposible ya que el gerente dentro de su mentalidad prejuiciosa e inoperante, no comprendía que el recurso básico de un campesino era la tierra y no hallaba viable que un campesino sucio y mal vestido tuviera como pagar un crédito, y Siervo después de caminar cuatro horas para ir a la oficina del funcionario, recibía como respuesta a su petición:

- Hoy no te puedo atender porque tengo un almuerzo con el alcalde. Vuelve mañana.
- ¿No le digo a sumercé que ya vamos a empezar la cogienda?
- Vuelve otro día...
- Le traía a sumercé estas pepitas de naranja para que se las coma al almuerzo.
- Déjalas ahí, sobre el escritorio.
- ¿Pero si me prestará la plata?
- Después veremos. Tendré que consultar el asunto con la central de Tunja y mandar un visitador para que avalúe la finca. A propósito, ¿cómo te llamas?
- Siervo Joya, sumercé (Caballero, 1964:412).

Siervo Joya, es modelo del campesino que se queda sin tierra a causa del sistema que descompone y excluye a la población de manera arbitraria, negando un crédito de fácil acceso y monto elevado que se base en la finalidad de la petición, en lo que el campesino se propone con ello. El crédito bancario lamentablemente se funda en las cosas y no en las personas; al campesino se le concede dinero según la prenda de garantía que ofrezca para respaldar sus obligaciones, otro aspecto en el que fracasó Siervo al querer comprar su tierra por medio de un crédito, ya que en garantía ofrecía la tierra que sería materia del negocio, más las cuatro cabras, las dos viejas y las dos jóvenes que no tardarían en tener cría; pero la

⁶ La parcelación es la división de la superficie de un terreno, en unidades mínimas llamadas parcelas. a las que se les dota de agua, vivienda y suministros. Estas se obtienen en arriendo o por medio de la compra del predio (Salazar, 1982: 96).

pregunta del funcionario era: “¿No tienes más que ofrecerme? Tengo la próxima cosecha de maíz, que ya está echando barba y pintando en la mata” (Caballero, 1964: 412).

De aquí que el crédito solo beneficia a aquellas personas, que tienen grandes propiedades para responder con ellas ante los bancos; la honradez, la inteligencia, la responsabilidad, el trabajo y la dignidad de las personas no califica dentro de una reforma o crédito agrario, esta solo viene a favorecer a quienes menos lo necesitan; los poderosos en bienes materiales como es el caso de los terratenientes que a su vez se apropian del sistema, y vuelven a organizarlo a su antojo tal como se aprecia en los diálogos que sostiene Siervo, con don Ramírez, el administrador de las tierras:

- Esa tierrita vale quinientos pesos.

- ¿Quinientos, dice sumercé? ¿No eran trescientos cuando le hablé hace unos años?

- Pero ahora vale quinientos

- Se da muy buen tabaco, me dice Floro.

- Si me lo dejaran sembrar...

- Don floró le tiene mucha gana.

- ¿Y cuánto me acepta de arras, sumercé?

- La mitad del precio. No se puede ni un centavo menos.

- Y si le diera las arras: ¿me dejaría sembrar el tabaquito?

- Tendría que consultar a Bogotá. Ahora vete que estamos ocupados (Caballero, 1964: 413).

Caballero Calderón, plasma en Siervo Joya, a un personaje que parece absurdo, que no reacciona ante el monopolio del sistema que lo aplasta; ante una reforma económica que supuestamente traería alivio, sin embargo en cada una de sus páginas solo trae desilusión,

acorrala, destruye, somete, va matando poco a poco y éste no parece advertirlo; otro en su lugar saldría huyendo del campo para no volver jamás, pero como el mismo escritor lo afirmaba: el hombre a secas, como los campesinos del Chicamocha, adora su tierra y para este hombre el valor de su tierra no se puede medir por las estadísticas del Ministerio de Hacienda y los volúmenes del Ministerio de Agricultura, el verdadero hombre es el que se aferra a su tierra sin importar las adversidades: “Dios amasó al primer hombre con un pegote de tierra del Paraíso, y tal vez por eso la tierra nos tira y nos gusta tanto. Pero a mí concretamente Dios me hizo de un terrón áspero, agrio y caliente de esa tierra de Tipacoque de que les estoy a ustedes hablando” (Caballero, 1963:472).

3.6 La política y la tierra

El marco anterior del norte de Boyacá, corresponde a un esbozo del problema agrario presente en la región, encarnado en la figura estética de Siervo Joya, junto a una perspectiva histórica, que permite observar la típica sociedad agraria en un momento decisivo de cambios económicos, sociales y políticos, donde estos juegan un papel importante en la mutación de la base cultural y tradicional de una región, que se aferra al pasado, mientras la voluntad racional de los grupos políticos y capitalistas continúan imponiendo nuevas formas de trabajo. Sin embargo, de acuerdo a lo descrito en la novela, todos están sujetos a perder mientras no se pongan de acuerdo los partidos políticos tradicionales, para trabajar en paz, en beneficio del campo, ya que este proceso de expansión ocasiona la pérdida de las cualidades y bondades propias del campesino, induciéndolo a la violencia y al abandono de la tierra.

3.7 Política, un sistema que manipula al campesino

Pobreza y violencia, es el panorama que se observa en la vida de los campesinos de esta región geográfica; sin embargo, aunque mucho se ha escrito sobre la Violencia en Colombia, no se puede interpretar como una manifestación intempestiva y espontánea a causa de la estratificación social que se fue generando por el capitalismo. Siervo Joya, hombre primitivo que representa las masas campesinas, es un personaje que demuestra bondad, sumisión, abnegación e ignorancia; y es esta la razón por la que se encuentra en inferioridad social, frente a un sistema arbitrario y excluyente, que lo único que le enseñó fue religión y política.

De acuerdo al análisis del personaje y su vida, en cuanto a educación la única que obtuvo fue la necesaria para poderse comunicar, ya que nunca recibió una capacitación que le permitiera un ejercicio respetable de la actividad cívica; no le facilitaron los medios para una formación técnica y una correcta explotación del suelo; nunca se realizaron planes eficaces que le permitieran obtener tierra propia y el beneficio que ésta otorga; por el contrario, la única opción que tuvo fue la de una mínima agricultura de subsistencia, sin que éste se revelara y abandonara la tierra que tanto trabajó, pero que no pudo adquirir como bien propio, siempre esperanzado en su partido político.

De acuerdo a esto es posible teorizar que el campo es el ambiente más propicio para cultivar un inmenso fanatismo político e incluso religioso, sin que el campesino tenga una explicación racional del porqué de sus convicciones morales o públicas. Estas alternativas culturales es necesario relacionarlas con el proceso histórico del bipartidismo nacional; el campesino nace liberal o conservador, pero nunca recibe beneficios positivos de ninguno de

los dos partidos. Este fracaso lo comprende Siervo Joya cuando en 1946 la hegemonía conservadora de años atrás volvió a tomar el poder: “Se le cerraría para siempre el crédito en el banco, que para decir verdad jamás tuvo abierto cuando el gerente era “de los mismos” (Caballero, 1964:428). El ingenuo campesino, hasta ese momento tuvo ilusiones de adquirir su tierra de cualquier modo, a menos que a partir de ese momento: don Ramírez que siempre lo miró y le habló como poca cosa, cambiara de humor y le perdonara la deuda de los jornales; que el gerente del banco se compadeciera de él y decidiera prestarle el dinero, y ojalá los conservadores de Soatá destruyeran a todos sus vecinos, respetándolo solamente a él, y le permitieran trabajar por fin, tranquilo en la Vega: “En fin, que a Siervo ya sólo le restaba la ilusión del milagro: pero le parecía que hasta Nuestra Señora de Chiquinquirá se había vuelto goda...” (Caballero, 1964:428).

La novela nos permite ver que la filosofía de los partidos no juega papel alguno en la filiación política de sus seguidores, al igual que los moradores de la Vega del Chicamocha se nace liberal por tradición familiar, motivaciones emocionales o influencia de los caciques de la región. Los campesinos se matan entre sí porque unos son liberales y otros son conservadores, esta es razón suficiente:

Ya despierto del todo, y con los ojos muy abiertos, examinó Siervo el rostro del muerto que tenía a dos dedos del suyo.

- ¡Si yo hubiera sabido! Era mano Atanasio, el de la Chorrera, que aunque godo, no era de los peores. ¡Mi Dios lo haya perdonado y lo tenga en su gloria! (Caballero, 1964: 379).

Como afirma Daniel Pecaut: “la impresión que dejan esas guerras es la de una inquietante irracionalidad que ha llevado a caracterizar estas dos grandes fuerzas políticas, más que como partidos, como subculturas de la vida cotidiana” (1979:25). La situación que presenta Caballero Calderón mediante su personaje, es la clara falta de educación, razonamiento y

manipulación de la que es víctima el campesino, por medio de las estructuras políticas tradicionales, el partido liberal y conservador.

Siervo sin tierra, es una visión general del campesinado Boyacense, que fue explotado codiciosamente por los partidos políticos, a causa del fanatismo heredado en el hombre leal, disciplinado, trabajador, amante de sus costumbres y tradiciones, asfixiado dentro de una economía de minifundio; muchos se rebelaron ante el régimen, las promesas incumplidas y los atropellos sufridos por los partidos políticos, abandonando la tierra o conformando guerrillas en los Llanos Orientales a causa de la persecución del partido conservador, cuando éste retornó al poder en el año de 1496, en cabeza de Mariano Ospina Pérez. Siervo Joya, como algunos campesinos, a pesar de la violencia y los atropellos sufridos, no reaccionan contra sus explotadores; se mantuvo intacto, firme en su ideal de alcanzar lo que soñó por medio de su trabajo, “la tierra”, sin advertir que los tiempos cambiaban pero las personas y el sistema, no.

Conclusión

La mentalidad del escritor determina las ideas, opiniones, sentimientos, declaraciones y todas las expresiones culturales de un pueblo, señalando en esta ocasión aquellas que presentan una grieta en la construcción de una sociedad justa y equilibrada, ideal de la mayoría de los seres humanos. Se entiende que la sociedad somos todos, es la reunión de un conjunto de personas, pero no implica que todas tengan objetivos iguales, por esta razón hay diferentes sociedades, especialmente en nuestro país, el cual se caracteriza por una marcada pluralidad en todo sentido; motivo por el que se precisa entender, apreciar y conocer lo más profundo de los valores y estructuras que distinguen a dichas sociedades, particularmente la boyacense, en la que se encauzó Caballero Calderón.

Esta sociedad que se ha formado a través del tiempo, no ha sido planificada y tampoco es, ni será la que quieren sus habitantes; existe porque ha surgido un considerable número de personas en todas las regiones de Colombia, formando un colectivo de sistemas dentro de los cuales se perciben toda clase de problemáticas, donde conviven débiles y fuertes, y son pocos los que despiertan su espíritu y sentido social para beneficio mutuo.

Tipacoque, es la novela en la que se da inicio a la construcción del paisaje relatado en posteriores escritos de Caballero Calderón y aunque se relatan sucesos propios de la época, su principal intención es retratar la belleza de sus gentes, lugares y costumbres; el autor difunde su amor por el ámbito rural, detallando minuciosamente el paisaje de la tierra de sus ancestros y da inicio a sus reflexiones sobre la dimensión de las carencias rurales, convirtiéndose en un intérprete de la mentalidad y tradiciones boyacenses, que años más tarde convertiría en denuncias reales a través de *Siervo sin Tierra*.

Eduardo Caballero Calderón dirigiéndose a sus lectores escribió: “Mi querido amigo, por fuerza tendré que decir, a propósito de Santander y Boyacá, cosas muy amargas y dolorosas. De ahí que comenzara por escribirle que, como persona que soy de la casa (en Tipacoque me siento como en mi propia casa, y en Suaita como en mi casa), conozco nuestros defectos y puedo darme el lujo de denunciarlos” (Caballero, 1963:142).

El realismo literario de Eduardo Caballero Calderón permite observar la realidad que vivió el pueblo boyacense, su visión crítica y sentido social lo llevó a escribir, *Siervo sin tierra*, en la que manifiesta de forma real, cruda y descarnada, el deseo de cada boyacense por tener un pedazo de tierra, que pueda llamar suyo, pero que lamentablemente muere en el intento. La narración no profundiza en todos los aspectos sociales, políticos y económicos de la época, pero nos ofrece una visión panorámica de ellos, asociando el aspecto histórico con las calamidades del personaje principal, quien por medio de la estructura narrativa de la novela, devela la idiosincrasia de un pueblo que motiva las discusiones y críticas a favor de los campesinos, a causa del sistema reinante de la época.

Siervo Joya es la mentalidad colectiva de ese pueblo que grita sin ser escuchado y lucha de manera honrada, por obtener lo que anhela y merece producto de su trabajo, porque la patria para el boyacense es el espacio que albergan su rancho y su cultivo, de igual manera así lo vivió y sintió el escritor; por tal motivo, es justo reconocer que dicho espíritu y sentido social, se encuentran plasmados en esta novela, en la que se denuncian una serie de fracasos en la voz del campesino, frente al sistema agrario en Colombia y su exclusión del sistema político y económico del país.

Uno de ellos es la tenencia de tierra por parte del Siervo Joya; el fallido crédito agrario, así como también la Reforma Agraria, no fueron más que un consuelo psicológico, para este campesino que tuvo que enfrentarse a la mala administración y desempeño de sus funcionarios; es una clara muestra del despotismo institucional, las desigualdades en la distribución de los créditos, el trato humillante que recibe el campesino; así como también la indiferencia ante sus necesidades, conducen al fracaso del desarrollo rural, olvidando que toda reforma que se enuncie como agraria, debe tener como requisito fundamental el apoyo al campesino sin discriminación alguna. Este es el panorama general de la estructura agraria creada por el gobierno, indiferente ante lo que realmente necesita el campesino, ya que la parcelación de las tierras no ofreció un acceso viable para la adquisición de la tierra, sino que por el contrario, produjo mayores desigualdades en la distribución de los ingresos y la riqueza. Algo que finalmente demuestra el fracaso del campesino en este aspecto, durante la historia narrada por Caballero Calderón, es que lamentablemente estas reformas olvidan y excluyen la participación del habitante rural en los procesos de reforma agraria, relegan al protagonista principal, siendo éste quien vive y trabaja la tierra.

El deslucido sistema agrario en el transcurso de la novela, es claramente producido a causa no solo del despotismo institucional, sino también, de la arbitrariedad individual, lo que conlleva a una lucha de clases. Además de las flagrantes desigualdades en la distribución de la tierra y de la riqueza, que son motivos más que suficientes para el descontento del campesino, se encuentra el trato humillante durante generaciones por parte de la clase terrateniente, lo que desencadena en resentimiento, rebelión y abandono del campo por parte de algunos trabajadores. Este problema de corte social se presenta permanentemente dentro de la narración; las relaciones humanas entre el terrateniente y el empleado o

arrendatario, evidencian una brecha abismal entre la igualdad de los seres humanos. La posición individual dentro del sistema social obedece al reconocimiento del individuo de acuerdo a su posición económica y al sistema que el terrateniente ha implementado, evitando que la mayoría de campesinos lleguen a estar a su nivel algún día. Un caso característico en la novela es cuando Siervo Joya debe entregar una parte de su cultivo al dueño del predio; este es un claro caso de explotación, así como también el beneficio que recibe el terrateniente, con los días de trabajo que debe entregar el campesino a la hacienda, como parte del contrato de arrendamiento o por tener derecho al agua para su cultivo, esto se ve reflejado claramente cuando Siervo Joya tiene para su proceso productivo, no más, de tres semanas a causa de las condiciones implantadas por el terrateniente. Este aspecto social está directamente relacionado con el económico, donde la desfavorable posición de negociación del campesino frente al sistema siempre debilitará su habilidad para conservar sus ingresos, logrando así que la mayor parte de las ganancias de los hacendados provengan del trabajo del campesino.

En este sentido, los cambios económicos, sociales y políticos que produce una reforma agraria, no deben ser marginales cuando se busca el bienestar de quienes trabajan la tierra. Siervo Joya estuvo marginado de toda participación beneficiosa y el fracaso del campesino frente al sistema agrario y su progreso, también se refleja en la adecuada participación de éste en las actividades políticas del país; asunto del que estuvo totalmente alejado.

¿Por qué? La incorporación de un personaje como el que nos presenta Caballero Calderón, con su idiosincrasia, cultura e ignorancia demuestra que existe un marcado colapso cuando la única educación que ha recibido el campesino viene por herencia o por agentes externos que buscan un beneficio propio; en este caso las clases tradicionales políticas de ese

momento. Ser liberal o conservador como vimos, no está argumentado racionalmente por el campesino que mata sin saber. ¿Por qué? Los partidos políticos se aprovechan de la ignorancia del campesino para ponerlo a pelear en su nombre, por causas que él mismo desconoce y como en la religión que le enseñaron, se resigna a su destino porque es la voluntad de Dios. La política es muy hábil represiva, destructiva y desagradecida con el campesino, como se evidencia en la novela. A causa de la política, se manchó de sangre una región de gente noble y trabajadora, produciendo el desarraigo de la población, familias enteras se marcharon a las ciudades o emigraron a las regiones montañosas durante algunos años, otros como Siervo Joya se emplearon en la construcción del ferrocarril o las carreteras que empezaron a surgir como consecuencia de las nuevas industrias.

Este proceso histórico de evolución somete al campesino a otro sistema mercantil, donde él no es más que un simple instrumento del Estado, un órgano pasivo de su voluntad absoluta, su limitada dimensión de hombre libre lo convierte en un torpe elemento especializado para desarrollar cualquier actividad. Las doctrinas políticas y económicas no pueden ser concebidas con suficiente claridad por el campesino, lo que conducen a otra fatalidad histórica derivada del auge de la máquina, creada por el hombre para que viva sujeto a ella en unos casos y en otros para que se reduzca la mano de obra. Esto lleva insensiblemente a un objetivo principal del Estado que se denomina progreso; la eficacia y la técnica como valores esenciales de las estadísticas económicas y la anulación del individuo por la supervaloración de la máquina, donde cada vez se menosprecia el valor del espíritu humano; dentro de este ideal el campesino en su contexto adquiere un valor como instrumento para el desarrollo, no como eje y causa principal.

Finalmente las generaciones se olvidan del esfuerzo humano para transportar maquinaria a lomo de buey para crear empresas, lo que significa trabajar la tierra de manera rudimentaria y abnegada, la capacidad del pueblo agrario para adaptarse a la máquina, donde la falta de técnica se puede suplir con la experiencia y el sentido común del campesino; es extraordinaria su capacidad de cicatrización, esta virtud esencial que ha desplegado con su bajo perfil ante los manuales de historia, en su ardua labor contra la aspereza del medio físico y social de la Nación. Lo inquietante y emotivo de este personaje es que a pesar de todo lo sufrido, nunca piensa en alejarse de su tierra, al igual que el escritor, acepta la violencia política, la corrupción del poder que desprestigia la justicia, la política que se aferró al campo hasta explotar al último de sus habitantes, la torpeza del gobierno, reaccionando de una forma brutal y despiadada contra el partido vencido, y lo más doloroso, vivir hasta morir luchando por su tierra, aun antes de que en sus montañas se trazaran los rasgos de la modernidad: las carreteras y las vías del ferrocarril.

Bibliografía

Azorín. *Tiempo y paisaje visión de España*. Madrid. Cultura Hispánica. 1968.

Azorín. *Obras Completas*. España. Aguilar. 1975.

Acosta Montoro, José. *Periodismo y Literatura*. España. Guadarrama. 1980.

Bajtín, Mijail Mijailovich. *Teoría y estética de la novela*. España. Taurus. 1989.

Beriain Razquin, josetxo. *La integración en las sociedades modernas*. Barcelona. Anthropos. 1996.

Biblioteca Nacional de Colombia. *De ayer a hoy Eduardo Caballero Calderón 1910 – 2010*. Roda Ana. Directora de la Biblioteca Nacional de Colombia. Textos Del Catálogo Álvaro Castillo. Fotografías, Archivo de Beatriz Caballero. Marzo y Mayo 2010.

Bond, Fraser. *Introducción al periodismo, estudio del cuarto poder en todas sus formas*. México. Limusa 1965.

Caballero, Beatriz. *Papá y yo*. Bogotá. Taurus. 2008.

Caballero Calderón, Eduardo. *Obras*. V I. Bogotá. Bedout. 1963.

Caballero Calderón, Eduardo. *Obras*. VII. Bogotá. Bedout. 1963.

Caballero Calderón, Eduardo. *Obras*. V III. Bogotá. Bedout. 1964.

Caballero Calderón, Eduardo. *Los campesinos*. Bogotá. Instituto Colombiano de Cultura. 1974.

Caballero Calderón, Eduardo. *Tipacoque*. Colombia. Oveja Negra. 1983.

Caballero Calderón, Eduardo. *Diario de Tipacoque*. Colombia. Bedout. 1983.

Caballero Calderón, Eduardo. *El Cristo de espaldas*. Colombia. Oveja Negra. 1983.

Caballero Calderón, Eduardo. *Yo, el alcalde: Soñar un pueblo para después gobernarlo Tipacoque 1969 – 1971*. Bogotá. Oveja Negra. 1991.

Caballero Calderón, Eduardo. *Memorias infantiles*. Colombia. Villegas. 1990.

Caballero Calderón, Eduardo. *Siervo sin tierra*. Bogotá. Panamericana. 1997.

Corominas, Joan. *Breve Diccionario etimológico de la Lengua Castellana*. Madrid. Gredos. 1967.

Corominas, Joan. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid. Gredos. 1986.

Cobo Borda, Juan Gustavo. *Eduardo Caballero Calderón, un hombre de letras*. Bogotá. Boletín de la Academia Colombiana. Tomo LXI. 2010.

Chillón, Albert. *Literatura y periodismo una tradición de relaciones promiscuas*. Barcelona. Aldea Global. 1999.

Deas, Malcom. *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Colombia. Tercer Mundo. 1993

Fals Borda, Orlando. *El hombre y la tierra en Boyacá, bases sociológicas e históricas para una reforma agraria*. Colombia. Antares. 1957.

Fals Borda, Orlando. *Historia de la cuestión agraria en Colombia*. Colombia. Carlos Valencia. 1982

Feder, Ernest. *Violencia y despojo del campesino: el latifundismo en América Latina*. México. Siglo veintiuno. 1972.

Feder, Ernest. *La lucha de clases en el campo*. México. Siglo veintiuno. 1975

Guerrero Barón, Javier. *Boyacá región y conflicto*. Colombia. La Carreta. 2008.

Guerrero Barón, Javier. *Los años del olvido: Boyacá y los orígenes de la violencia*. Colombia. Tercer Mundo. 1991.

- Guzmán Campos, Germán. *La violencia en Colombia*. Cali, Colombia. Progreso.1968
- Hauser, Arnold. *Historia social de la literatura y el arte*. Barcelona. Guadarrama. 1980.
- Machado Cartagena, Absalón. *Problemas agrarios colombianos*. Colombia. Siglo Veintiuno. 1986.
- Moncayo S., Héctor León. *La cuestión agraria hoy Colombia: tierra sin campesinos*. Colombia. Instituto Latinoamericano de Servicios legales alternativos. 2008.
- Montaigne, Michel Eyquem. *Les Essais*. Francia. Librairie Générale Francaise.1972.
- Montaigne, Michel Eyquem. *Los ensayos*. Barcelona. Acantilado. 2007.
- Morales Benítez, Otto. *Reforma Agraria Colombia campesina*. Bogotá. Imprenta Nacional.1962.
- Ortega y Gasset, José. *Obras completas*. España. Espasa.1932.
- Pecaut, Daniel. *Orden y violencia: Colombia 1930 - 1953*. España. Siglo Veintiuno.1987
- Salazar, María Cristina. *Aparceros en Boyacá: Los condenados del tabaco*. Bogotá. Tercer Mundo. 1982.
- Sánchez, Gonzalo. *Las ligas campesinas en Colombia*. Tiempo Presente.1977
- Sánchez, Gonzalo y Donny Meertens. *Bandoleros, gamonales y campesinos, el caso de la violencia en Colombia*. Bogotá. El Áncora.1994.
- Serna M., J. Alberto. *Como enriquecer nuestro vocabulario mediante el estudio de las raíces Latinas*. Colombia. Idioma. 1994.
- Skirius, John. *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. México. Fondo de cultura económica. 1994.